

# HAFTARAD

Un cuento sobre la estupidez



**Manuel Bobis Reinoso**



*A Mónica.  
Cero por ciento de estupidez.  
Rara avis.*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© Manuel Bobis Reinoso 2025

Registro de la propiedad intelectual de Andalucía: 04/2025/118

ISBN: 9798288955211

Sello:



Corrección y maquetación: Drakkar Ediciones.

Ilustración y diseño de portada: Canva IA y Drakkar Ediciones.

Impresión y encuadernación: Amazon.

# HAFTARAD

Un cuento sobre la estupidez



Manuel Bobis Reinoso



# 1

## Donde se cuenta la aparición en el pueblo de Armonía Estupiñán



Cuando el otoño de 1978 coloreaba de rojo y oro los bosques de castaños, cuando la vida corría joven por sus venas y aún

faltaban muchos años para convertirse en fantasma; Armonía Estupiñán, José según el carnet de identidad, futuro padre de Neme; pisó por primera vez el suelo de Haftarad. Arribó, como una aparición celestial emanada de la densa niebla, por la parte alta del pueblo, donde los cipreses del cementerio apuntan con su dedo de agitado viento al cielo. Abrazó, besó repetidamente el troco de la «hermana encina» que le daba la bienvenida cerca de la puerta del camposanto, al pie del camino que lleva al arroyuelo; fundiendo el alma de clorofila del árbol con la suya de «algodón celeste». Nada más pisar sus sandalias de polvo y sudor los primeros adoquines de la calle Alta, fue descubierto, «¡horror!», como quien sorprende una cucaracha en la cocina, por los ojos de rata pequeños y afilados de Fabiola Sabio. La muchacha lanzó su longilíneo y enjuto cuerpo calle abajo en alocada carrera mientras se santiguaba siete veces. En su expresión llevaba escrito un «¡Dios mío, sálvanos!». Aporreó la puerta de la casa de don Torcuato, el alcalde, con los nudillos rociados previamente por un frasquito aerosol de agua bendita. Don Torcuato abrió vestido con traje oscuro y corbata, «como Dios manda», y comprobó que era Fabiola quien llamaba. Se puso firme chocando tacón contra tacón en un golpe seco, obediente, con sacudida brusca de la cabeza. Aunque todavía se encontraba lejos, el fino oído de lobo de Armonía pudo escuchar la conversación:

—¿Qué quieres? —preguntó don Torcuato.

—Don Torcuato, un hombre con pinta muy rara, con pelo largo y barba, como Jesucristo, baja por la calle Alta hacia la plaza.

—¿Y qué quieres que haga?

—Yo solo le prevengo —respondió Fabiola temblando



a causa del pánico que le producía aquella imagen avanzando con paso decidido calle abajo.

—Está bien, estaré atento, veré qué puedo hacer.

La túnica azul cielo había alcanzado la mitad de la calle Alta. A través de las ventanas abiertas de la casa de

Mariquita López, más conocida como la Calentera, sonaba, alta en decibelios retumbantes que alcanzaban toda la comarca, la canción *You're the One That I Want*, de la película *Grease*. La puerta de la casa expelió a una pareja muy joven de enamorados vestidos con pantalones y cazadora negros de imitación de cuero. Debajo de las cazadoras arremangadas, unas camisetas del mismo color pretendían romper «con la rancia mentalidad de los viejos». La chica corrió atropelladamente para no perderse ni un detalle del espectro que descendía hacia la plaza. Su melena rizada y teñida de rubio en la peluquería de señoras Enkarny se balanceó bruscamente, los zapatos de tacón adquiridos en la zapatería Loly emitieron un acelerado toc, toc, toc. Armonía les daba la espalda calle abajo cuando su percepción periférica supo que los jóvenes se tapaban las bocas con ambas manos para reprimir una risotada.

En la plaza, Armonía descolgó la mochila de piel de «hermana cabra» que portaba sobre el hombro para asentarla en el «sagrado suelo» y se arrodilló delante del caño de la fuente. Sus manos, colocadas en forma de cuenco, sentían el frescor del manantial y acercaban el agua clara a unos labios agrietados y sedientos. Saciada la necesidad, esas mismas manos se extendieron con las palmas hacia arriba, mirando al cielo para dar gracias a la naturaleza «por el tesoro emanado de las entrañas de la tierra para calmar la sed de los seres vivos y fundar el arroyo portador de vida a los campos que germinan en verdor para alimentar a los animales que

devuelven su agradecimiento en forma de excrementos que fertilizan la tierra».

Del bar Josely emergieron a la puerta cuatro hombres. Un olor a café y aguardiente emanados de sus bocas se disipó en el aire hasta alcanzar el olfato de sabueso de Armonía. No



querían perderse un fotograma de lo que obraba el extraño ser de película de Pier Paolo Pasolini. Desde el supermercado Hidalguía, varias mujeres curioseaban tras los ventanales. Las bolsas de la compra permanecieron toda la mañana desocupadas. Del hostel restaurante Los Monteros asomó,

precedida de un sucio y grasiento mandil, la imponente panza de Arcadio, el dueño del negocio. Desde la puerta de la casona del alcalde, era el propio alcalde quien vigilaba sin quitarle ojo al forastero, quien permaneció varias horas sentado en las gradas junto a la fuente. El placer de los pies sumergidos en el frescor balsámico del agua adormecía sus párpados. «¿No vas a hacer nada?», preguntaban las miradas de los espectadores a un don Torcuato encogido de hombros que abría las manos en señal de «¿qué puedo hacer?».

A las dos en punto de la tarde, la niebla se había disipado para darle la bienvenida a una tarde soleada y fría. Armonía se volvió a calzar las sandalias, las uñas de su mano derecha peinaron la larga y lacia melena caída sobre los hombros. Cuando puso de pie su alta estatura, percibió en el aire cómo un alivio generalizado relajaba la tensión de los habitantes del pueblo. «¡Ya se va!». Pero ese alivio tornó en desazón cuando, en vez de dirigirse a la carretera de salida del pueblo que baja hasta la carretera nacional, puso la proa de sus largas barbas apuntando hacia el hostel restaurante Los Monteros. Arcadio, el dueño, se metió dentro como liebre en madriguera. «No sé si asustarme o alegrarme por la comida que voy a servir», dudaba. Armonía cruzó el dintel del portalón, una mesa cuadrada de madera oscura junto a una chimenea gigante lo acogió. El calor de la leña encendida y la fragancia natural de la alhucema lo reconfortaron. Arcadio había decidido alegrarse. La caja registradora que

albergaba por entendimiento calculaba en festival de chispas y luces cuántas pesetas iba a ganar.



## 2

# Acerca de la sabrosa plática que mantuvieron Armonía y Arcadio y de cómo el mesonero quedó varias veces ojiplático



—Buenas tardes —deseó Arcadio.

—Buenas tardes.

—¿Va a almorzar el caballero?

—Los seres vivos necesitamos nutrarnos para cumplir con la sagrada misión encomendada a cada uno por la naturaleza.

Los ojos de arcadio se abrieron como platos.

—Mi respuesta es sí —continuó el forastero.

—¡Ah! Bien caballero, nuestra especialidad son las carnes de cerdo ibérico a la brasa, o de caza en exquisitos guisos.

—No es ético que los seres vivos animados absorbamos la energía vital de otro ser vivo animado para satisfacer nuestro egoísmo. Solo me alimento de vegetales.

Los ojos de Arcadio se volvieron a abrir hasta sobrepasar la frontera del rostro, entristecidos porque acababan de decir adiós a la mitad de las ganancias calculadas: «¡Maldita sea, la carne es lo más caro! ¿Vegetales?». La puerta del comedor se abrió con un chirriar de goznes. Entraron el alcalde y José María, un policía local de dos metros de altura a quien todos llamaban el Cohete porque tenía la cintura ancha, los hombros estrechos y la cabeza calva, pequeña y puntiaguda. Se acercaron a la barra de madera donde pidieron dos cervezas a Carmelita, la esposa de Arcadio. Le hicieron señas a la mujer para que acercara el oído. Carmelita obedeció, acercó su esférica cabeza para que sus pabellones escucharan las palabras susurradas de don Torcuato:

—Tranquila, nosotros vigilamos.

Sobre un mantel de hule a cuadros quemado por colillas y salpicado de excrementos de «hermanas moscas», Armonía saboreó como entrante la sal de unas aceitunas gordales. Los champiñones salteados con ajo, cebolla y guindilla no eran nada del otro mundo, pero el arroz con



verduras fue aplaudido por su paladar poco acostumbrado a fiestas. La fruta del tiempo le supo dulce y en su punto de madurez. Todo ello regado con dos generosos vasos de vino. Cuando Arcadio le presentó la cuenta escrita con bolígrafo

azul en una hoja cuadriculada arrancada de una libreta de bolsillo, escuchó alarmado:

—Yo no tengo dinero. Convendrá conmigo que el mejor pago recibido es la satisfacción de alimentar a un semejante hambriento.

—¿¡Cómo!?

Arcadio recuperó su expresión ojiplática, la boca abierta dejaba ver más encías huérfanas que muelas. Su rostro se convirtió en un intenso rojo, un calor llameante le trepaba por el estómago hasta alcanzar los pómulos, las orejas, los ojos, la calva sudorosa. Don Torcuato y el Cohete se volvieron de golpe, el policía puso la mano abierta sobre la pistola sin sacarla de la funda. Armonía continuó su discurso:

—No obstante, si la infinita satisfacción de atender a un hermano no le es suficiente, estoy dispuesto a trabajar para pagar con el sucio metal lo consumido. Si usted me permite una habitación de su hostel donde recibir a personas angustiadas, sin duda alguna las hay penando en este pueblo, yo le devolveré en un solo día el quíntuplo de la cantidad impresa en ese papel más el coste de la habitación.

—Y usted, ¿qué es lo que hace? —preguntó Arcadio.

—Adivino el futuro, pongo en contacto a los vivos con los familiares fallecidos, limpio los cuerpos de los efectos nocivos del mal de ojo, ahuyento fantasmas malintencionados, atraigo la fortuna, alejo la mala suerte y la

desgracia. Esa es solo una muestra de mis innumerables servicios.

—¿Eso funciona?

—No le quepa duda. Mi arte ha sido depurado durante milenios por numerosos sabios que me precedieron.



—Pero, aquí nadie cree en esas cosas, no tendría ni un solo cliente.

—Se sorprendería, déjeme demostrárselo

—¿Cuánto cobra por consulta?

—Nada, yo no trabajo por el sucio metal.

—¿Nada?

—La voluntad de un alma agradecida suele triplicar el precio de una vulgar tarifa. Al final de la jornada, la caja anónima suele acabar repleta. Fíjese si odio el sucio metal que permitiré que la caja de los donativos sea colocada aquí, en el comedor, para que usted la controle.

¡Clic! La campanita de la caja registradora cerebral de Arcadio sonó en un tono alegre. Dudó: «¡A ver si este tipo después de almorzar, cenar y dormir gratis se va a marchar mañana sin cumplir dejándome cara de tonto!».

—No, eso no va a ocurrir, no me iré sin pagar, se lo garantizo. No tengo dinero, pero sí palabra —sentenció Armonía.

—¿Cómo sabe lo que estoy pensando?

—Le repito, es un arte practicado y perfeccionado durante milenios.

Un fulgor de oro chispeó desde la pupila de Arcadio, quien, diligente, dispuso una habitación para que descansara por la tarde, durmiera esa noche y atendiera al público al día siguiente. También lo invitó a cenar. «¡Total, solo come hierba, no me va a salir tan caro!».

A las cuatro de la tarde, todos los habitantes de Haftarad conocían que el forastero extravagante pasaría consulta a la mañana siguiente en el hostel, que predecía el futuro, contactaba con los muertos, deshacía males de ojo y algún que otro invento que se fue enredando entre las lenguas mientras la buena nueva corría de boca en boca.

Hendida por un golpe seco de hacha, la población quedó dividida en dos bandos: quienes se oponían frontalmente y juraban que jamás asistirían a aquellas sesiones, aunque les fuera la vida en ello; y quienes creían a pies juntillas en «esas cosas».



## Sobre la maniquea aparición de lazos rojos y verdes en los balcones de Haftarad y posteriores juramentos sobre la Biblia



Doña Francisca López Gómez, más conocida como la Paca, era dueña del supermercado Hidalguía, situado en los bajos

de una gran casa de la plaza. En el mismo momento en el que se enteró de la noticia, se posicionó en contra:

—¿Qué va a entender de nada ese pordiosero sucio, melenudo y arrastrado? Seguro que no sabe hacer la O con un canuto. No hay nada más que verlo para saber que proviene de muy baja familia.

Tomó el teléfono, llamó a sus amigas para exigir que se significaran de uno o de otro lado. Todas juraron por la salud de sus maridos que jamás asistirían a una de esas sesiones. A sus hijas, Fabiola y Victoria Eugenia, las hizo jurar por la salud de su padre que no acudirían a la consulta. Fabiola no dudó, sus dedos asustados dibujaron la señal de la cruz sobre el pecho siete veces, sus labios rezaron un Padrenuestro y un Avemaría. Con la mano derecha sobre la Biblia, solemne, prometió:

—No visitaré jamás al mugriento, aunque me cueste la vida.

Victoria Eugenia también juró, aunque su deseo le demandaba a gritos ser la primera en consultar con el forastero raro. Virgilio, marido de doña Francisca, fue requerido para que jurara, o en su caso prometiera, por su propia salud. Cuando supo para qué era requerido, miró a su esposa de arriba abajo y dijo:

—¡No puedo creer lo que oigo! —Hizo con los ojos un gesto que denotaba hartazgo y salió por la puerta sin decir palabra.

Doña Francisca comprendió que de nada valía posicionarse si los demás no sabían claramente de qué lado estaba. Movilizó su estirado y rotundo cuerpo para salir a comprar cinta de raso de color rojo a la mercería Pury.

—¿Qué va a hacer usted con la cinta roja? —preguntó



Puri.

—El rojo es el color de lo prohibido. Voy a coser un lazo en el centro de una sábana para dejar muy claro que yo no voy a consultar con ese pelagatos.

La sábana cosida con el lazo rojo quedó colgada del balcón de la casa. Como luces que se van encendiendo al atardecer, fueron apareciendo en distintos balcones del pueblo otras sábanas con sus lazos rojos cosidos. Horas después, fueron sábanas con lazos verdes las que engalanaron los balcones que habían quedado desnudos. El pueblo, blanco de casas de cal y de balcones ensabanados, resaltaba a lo lejos bajo la luz del crepúsculo. Puri agotó en una sola tarde las existencias de cinta de raso rojo y también las de color verde. Se vio obligada a hacer un pedido urgente.

Esperanzada para unos, amenazadora para otros, la noche descendió sobre las sábanas y los tejados. Las luces de los hogares se fueron apagando una detrás de otra. Nerviosa y excitada, Victoria Eugenia daba vueltas en la cama. «¡Conocer el futuro!». Era justo lo que necesitaba, la medicina que acabaría con sus ansiedades, con tantos «y si» que la mantenían en un sufrimiento continuo: «¿Y si les pasa algo a mis padres?, ¿y si enfermo de cáncer?, ¿y si se produce un terremoto?, ¿y si estalla una guerra?, ¿y si cae un rayo?». El forastero estafalario conocía las respuestas, poseía la tranquilidad, el descanso de saber que nada malo iba a ocurrir. «¿¡Podía existir mayor tesoro!?!». Quería, deseaba, ansiaba, anhelaba consultar con él. «Pero, ¿y si me pronostica una pronta muerte?». No podía aguardar a que aclarara el alba, necesitaba saber ya qué iba a ser de su vida. Sintió el impulso de escapar a la calle en pijama, de cruzar la plaza

sobre las zapatillas de peluchito rosa, de golpear con sus puños de azahar la puerta del hostel restaurante Los Monteros. Se contuvo, pero no pudo evitar la tentación de salir al balcón donde ondulaba al viento la sábana con el lazo rojo que su madre había colgado la tarde anterior. «¡No, por



Dios, no puede ser!». Una fila de doce personas formaba cola delante del hostel. Cinco minutos después, Victoria Eugenia estaba vestida y colocada al final de la hilera, soportando las cuchilladas que el relente le infligía en el rostro. Faltaban cuatro horas para que la consulta abriera sus puertas.

Una cartulina de color rosa en la que alguien había escrito con rotulador negro: «La consulta sobre adivinación del futuro y contacto con los difuntos comenzará mañana a las nueve de la mañana», estaba sujeta a la puerta de madera del hostel con seis chinchetas de colores. Tanto la cartulina, como el rotulador, como las chinchetas las había comprado Arcadio la tarde anterior en la librería papelería Toñy. Mientras la compraba comentó:

—Supone un gasto este cartel, pero es una inversión necesaria para mi nuevo negocio.

La nariz de la Ramona, la primera persona de la cola, se mantenía a dos centímetros de la cartulina. Podía oler su aroma nuevo y la tinta del rotulador.

—¡A mí no se me cuela nadie! —advertía cada minuto y medio. De vez en cuando, un arreón traicionero por la espalda en forma de ola hacía que la mujer estampara los morros contra la puerta. El Cohete vigilaba el espectáculo a varios metros de distancia mientras mantenía la mano abierta sobre la funda de la pistola.

—¡Orden, que no tenga yo que intervenir!

A las ocho, se encendieron las luces de algunas habitaciones del hostel. Un murmullo nervioso elevó la intensidad de un ambiente helado por la escarcha y soñoliento sin café. Desde el vientre hasta la garganta de Victoria Eugenia prendió un ardor inquieto. La serpiente humana de abrigos encogidos alcanzaba más allá de la plaza, perdiéndose por la calle Alta. Algunas personas se habían

echado por encima, a modo de significativa bandera, una sábana blanca con lazo verde. Arcadio deambulaba impaciente de un lado a otro del comedor. Había confeccionado un cofre anónimo con el embalaje de un pedido de botellas de vinos de Jerez al que le había abierto una amplia rendija en la cara superior para que cupieran los billetes grandes. Se sentó junto a ella, no se separaría ni le quitaría ojo en toda la jornada.



## 4

# De cómo los atribulados pacientes de Armonía se sintieron profundamente aliviados



El crujir de la cerradura del hostel restaurante Los Monteros resonó a las nueve menos veinticinco como un canto celestial en los oídos congelados. Las puertas se abrieron, entraban las

personas de tres en tres entre empujones y algún roce intencionado. La Ramona galopó entre las mesas del comedor con los brazos abiertos.

—¡He dicho que a mí no se me cuele nadie!

Subió las escaleras saltando los escalones de dos en dos hasta que se topó con la figura alta, delgada y majestuosa de Armonía, quien sonriendo la invitaba a pasar dentro de la habitación. Tomando las ciclópeas manos de Ramona entre las suyas, le garantizó que su madre no le guardaba ningún resentimiento por el trato pésimo recibido durante sus últimos años de vida, que no le importó soportar días enteros orinada sin que ella la cambiase, que no tenía en cuenta los insultos, humillaciones y desprecios recibidos, ni los maltratos físicos, ni la escasa y nociva comida que le preparaba.

—La difunta no te guarda rencor, se siente muy orgullosa de ti, te comprende, te quiere más que cuando estaba en vida.

Ramona se marchó de la consulta con las heridas del alma sanadas y el rostro iluminado cual inmaculada de Murillo. Su sonrisa se marcaba en suave línea, sus ojos apacibles apuntaban al cielo traspasando el alto techo del hostel, exhibiendo una expresión de alivio infinito y eterno.

En la segunda consulta, Armonía obró su primer milagro. Juan Andrés, de mozo el hombre más fuerte y apuesto del pueblo, le contó que en su juventud tenía una novia llamada Candelaria, a quien todos apodaban Candela,

y de quien se rumoreaba que hacía prácticas de brujería. Guadalupe, otra muchacha del pueblo también enamorada de Juan Andrés desde niña, comenzó a coquetear con él a espaldas de Candela. Juan Andrés abandonó a Candela para casarse con Guadalupe. Después de la ceremonia de boda,



Candela abordó a los novios a la salida de la iglesia para descargar, furiosa, alta, fuerte, que todos la oyeran, su maldición contra Guadalupe:

—¡Hoy crees haber alcanzado el cielo, pero tu muerte caerá desde ese mismo cielo muy pronto!

Guadalupe, estremecida, arrojó alocadamente el ramo de novia al aire. Le cayó entre las manos al cura de la eterna cabeza ladeada hacia la izquierda. Corrió despavorida, remangándose el vestido de novia hacia el dulce hogar recién comprado, para enclaustrarse en él presa de un intenso pánico a morir fulminada por un rayo o con el cráneo fracturado por un granizo del tamaño de una pelota o aplastada por una avioneta que perdiera el control. Juan Andrés se disculpó con los invitados, les animó a que, aunque los novios no se encontraran presentes, disfrutaran del convite dispuesto en el hostel restaurante Los Monteros. A esa hora, Arcadio ya conocía la noticia. Cuando vio bajar a los invitados desde la plaza de la iglesia e intuyó que no se iba a suspender el banquete, se arrodilló gozosamente lloroso con las manos entrelazadas sobre el pecho para dar gracias al cielo.

Doce años llevaba Guadalupe sin pisar la calle cuando Juan Andrés acudió a la consulta de Armonía. Este, después de escuchar el relato, abrió la ventana y alzó los brazos hacia el cielo. Sus labios recitaron el ritual silvestre de los antiguos arebundos para deshacer maldiciones y males de ojo:

—Hore, hore, luandar ancabusi liben orobeni linblen, hore, nato, open fargulia idio redacro, hore, hore, ontobuse polén.

Veinte minutos se prolongó el ritual observado con admiración por las personas que guardaban cola en el exterior. Cerró la ventana y redactó sobre la mesita de noche

un documento: «Por la presente certifico que el mal de ojo ha sido neutralizado y que Guadalupe González Astorga no morirá víctima de nada que caiga del cielo». Juan Andrés se ilusionó y alegró. Salió de la consulta corriendo y se dirigió a su casa para entregarle el certificado a Guadalupe. Aquella



misma mañana, esplendorosa de alborozado sol, el matrimonio se paseó por la plaza confiado, tranquilo, sonriente, y todos exclamaron:

—¡Es un milagro!

El cofre anónimo se iba colmando de donativos, Arcadio estaba asombrado, entusiasmado. Todos los que bajaban por las escaleras resplandecían iluminados por la gloria de haber conocido a Armonía, felices por embarazos anhelados que se harían realidad en pocos meses, sosegados porque un espíritu maligno no volvería a importunar la casa, aliviados al saber que los difuntos se sentían orgullosos de sus parientes, optimistas a la espera de enamoramientos no correspondidos que pronto invertirían su condición, ilusionados con brillantes futuros profesionales certificados.

## 5

# Donde el inteligente lector conocerá el extraño caso de la mujer aferrada a un brazo



Victoria Eugenia sabía que su madre había sufrido un ataque de ansiedad violentísimo cuando salió por la mañana al balcón ensabanado y la vio puesta en cola. Don Manuel, el

médico, había tenido que asistirle de urgencia en casa. Doña Francisca dormía acunada por el calmante que el galeno consideró conveniente inyectarle en vena. Victoria Eugenia lo sabía porque había contemplado desde la fila todo el ir y venir; y porque, para hacerla sentir culpable, su hermana Fabiola, santiguándose de una manera compulsiva, corrió cada quince minutos hasta donde ella se encontraba para darle noticias de lo que ocurría. La muchacha se mantuvo firme:

—¡De aquí no me mueve ni un terremoto! —En ningún momento abandonó la cola.

A las doce del mediodía, la voz ronca de Arcadio gritó:

—¡El siguiente!

Aquellas dos palabras resonaron en la esperanza de Victoria Eugenia como trompetas celestiales. Le tocó el turno, los escalones le resultaron interminables, Armonía la esperaba. Al verlo, sintió algo no experimentado hasta ese momento: una sacudida de trascendencia, de destino, de futuro. A su vez, notó, como solo pueden hacerlo las mujeres, que Armonía se sintió inmediatamente hechizado por su cara redondeada y apacible, por sus ojos castaños, por su cuerpo bien contorneado en suaves curvas morenas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre.

—Victoria Eugenia.

Armonía fue desanudando todos los «y si», todos los celos, todos los terrores ante el futuro que oprimían el estómago de la muchacha, esa inquietud que la atormentaba

día tras días hasta hacerla vomitar. La voz de aquel dios perfumado de incienso, romero y tomillo era monótona, grave, serena. Junto a él presentía un porvenir sin peligros, tranquilo, en el que la vida se deslizaba por los días rosados con una sonrisa en el alma, suave, dulce como un pastel de



hojaldre y merengue en un atardecer de otoño. Se percibía a ella misma confortada, no temía, el universo no amenazaba. Armonía concluyó:

—Ahora que tu futuro está exento de angustias, sufrimientos y tribulaciones, puedes marcharte en comunión con la naturaleza y los astros para ser feliz.

Un terror chorreado desde la cabeza a los pies penetró en el alma recién purificada de Victoria Eugenia para ennegrecerla de alquitrán. El pavor por alejarse de aquella voz de cuna, de la seguridad eterna, volvió a apretarle la garganta hasta dejarla sin respiración.

—¡No!, yo no me separaré jamás de ti —gritó mientras se aferraba al brazo de Armonía con tal resistencia que fue imposible separarla.

Alertados por la tardanza, Arcadio y Romualdo, el señor a quien tocaba la próxima consulta, subieron para comprobar qué estaba ocurriendo. Tocaron a la puerta, abrió Armonía con los brazos de la muchacha soldados a su extremidad. Intentaron despegarla.

—¡Todos a la vez! A la una, a las dos y a las tres.

¡Imposible! El resto de personas que anhelaban consultar tuvieron que hacerlo con Victoria Eugenia fundida al brazo izquierdo de Armonía, quien logró escribir y firmar con la mano derecha los certificados de males de ojo sanados.

A los oídos de doña Francisca López Gómez, más conocida como la Paca, llegaron noticias de la extraña atracción imantada sufrida por su hija. Se levantó de la cama desafiando los efectos del calmante.

—¡Yo soy fuerte, nobleza obliga!

Se presentó en el hostel acompañada del alcalde y del Cohete. Nada más entrar en la habitación, don Torcuato se cuadró con un altisonante taconazo y una sacudida brusca de cabeza. Siempre que veía a Fabiola o a Victoria Eugenia, lo hacía, porque tenían nombres propios de la realeza: los de la



reina Fabiola de Bélgica y Victoria Eugenia, la mujer de Alfonso XIII. A pesar de la insistencia de la Paca, quien exigía vehemente que su hija volviera a casa, no pudieron hacer nada por rescatarla, en gran parte atemorizados por el

milagro que horas antes había obrado Armonía con Guadalupe.

—Doña Francisca, ya ve usted que Guadalupe lleva todo el día paseándose por la calle después de pasarse doce años sin salir. No podemos actuar con la fuerza contra este caballero.

Doña Francisca volvió a convulsionar víctima de otro ataque de ansiedad. Nuevamente acudió don Manuel, el médico, quien la atendió tumbada en el suelo de la habitación bocarriba, temblorosa desde la cabeza hasta los pies y espumante de la boca. El inyectable hizo efecto, media hora después salía la mujer del hostel cojeando, con el alcalde y el municipal sirviéndole de muletas.

El doctor, ya que estaba allí, aprovechó para analizar el fortísimo apretón que la joven aplicaba a la extremidad de Armonía. Los músculos de sus brazos estaban extraordinaria y absolutamente agarrotados, eran puro granito.

—¡Jamás en mi carrera vi algo igual!

Aconsejó administrar un relajante muscular, pero Armonía levantó su mano derecha mandando parar.

—Esto lo arreglo yo sin necesidad de químicos.

Las puertas del hostel se cerraron de madrugada previa promesa de que las personas que todavía permanecían en cola serían las primeras en ser atendidas al día siguiente. Los parroquianos se retiraron a sus casas protestando y recordándose unos a otros severamente el

orden exacto en el que se debía comenzar en cuanto las primeras luces iluminaran Haftarad.

Las escaleras vieron bajar a Armonía con la chica aún adherida a su brazo. La cena estaba preparada en el comedor, donde Arcadio contaba billetes de cien, de quinientas e



incluso de mil pesetas. Carmelita, desde detrás de la barra, les sirvió ensalada y sopa de fideos. Sus ojos de sorpresa y desconcierto no podían creer lo que veían. Armonía pinchaba con su mano derecha trozos de lechuga que llevaba, por turno, primero a su boca y luego a la de Victoria Eugenia. En

la habitación, la voz reconfortante, tranquilizadora del hombre, le susurraba al oído que nunca se separaría de ella. Los músculos de los brazos se relajaron dejando escapar la extremidad prisionera. Sobre la cama; tumbado sobre su lado derecho, porque el izquierdo permanecía demasiado dolorido; Armonía consumó dentro de la chica, quien hasta ese momento se había mantenido virgen, la ceremonia fálica e iniciática de alianza sempiterna de sus almas y cuerpos.

## 6

### Que trata de un próspero mercadillo y de una enconada rivalidad



Después de que Armonía desflorara con su falo iniciático a Victoria Eugenia, le cambió el nombre por el de Serenidad. La chica no volvió a casa de doña Paca. Desde aquella primera noche que durmió con Armonía, era incapaz de

separarse medio metro de él. Decidieron, porque así lo deseaban, permanecer juntos varias eternidades, recorrer el mundo de pueblo en pueblo para dar de beber el maná del arte de lo oculto a los más necesitados. Arcadio, de rodillas, les rogó sumergido en lágrimas tan gigantes como el tamaño de su panza:

—¡Por favor!, ¡no os vayáis, instalaros en el hostel, seguid pasando consulta!

Accedieron, consideraron que desde aquel epicentro llamado Haftarad podrían aliviar a las almas apesadumbradas de la provincia. Se quedaron a vivir en el hostel restaurante Los Monteros. Pronto, la fama de Armonía había alcanzado toda la comarca. Ante la gran afluencia de forasteros, fue preciso que don Torcuato, el alcalde, diseñara un sistema de colas para repartir las molestias entre las distintas calles del pueblo. Lunes y jueves, la serpiente trepaba por la calle Alta, perdiéndose junto al cementerio por el camino que lleva al arroyuelo. Martes y viernes, remontaba por la calle Ancha hasta alcanzar el bosque de castaños. Miércoles y sábados, descendía por el camino de la nacional, pasaba junto a la piscina municipal y se enroscaba en el campo de fútbol. Aprovechando que el domingo no se pasaba consulta, la pareja tuvo la feliz idea, apoyada por la codicia de Arcadio, de instalar en la plaza un mercadillo para vender alimentos de la sierra: castañas, setas, quesos, miel, cosméticos naturales; así como objetos protectores del

cuerpo, el alma y el futuro de las personas. Don Torcuato dio su visto bueno:

—Todo lo que traiga riqueza al pueblo siempre es bienvenido.

Don Torcuato, el Cohete y Atanasio, el de la



furgoneta, emprendieron un viaje a Sevilla un jueves muy temprano. Llevaban apuntado en una libreta todo el material que debían adquirir con fondos municipales para poder inaugurar el mercadillo natural y esotérico: setenta tortugas vivas, setenta llaves antiguas, setenta campanas, setenta ojos

turcos, setenta figuras o pinturas de tréboles de cuatro hojas, setenta figuras o pinturas de corazones, setenta estrellas de cinco puntas, setenta figuras o pinturas de delfines, setenta dados, setenta figuras o pinturas de elefantes a ser posible con la trompa hacia arriba, setenta cuernos de la abundancia, setenta figuras o pinturas de peces, setenta figuras o pinturas de Buda y setenta nudos marineros.

Tras alojarse en una pensión de la calle Otumba, visitaron el mercadillo del Jueves, donde compraron parte del material requerido, sobre todo llaves antiguas y campanas. Viernes y sábado, recorrieron distintos comercios y grandes almacenes del centro de Sevilla, donde pudieron completar lo adquirido en el Jueves. El domingo, pudieron conseguir veinticinco tortugas pequeñas en el mercadillo de animales de la Alfalfa. Por la tarde volvieron al pueblo. En ninguno de los casos habían alcanzado el número requerido, Armonía los tranquilizó:

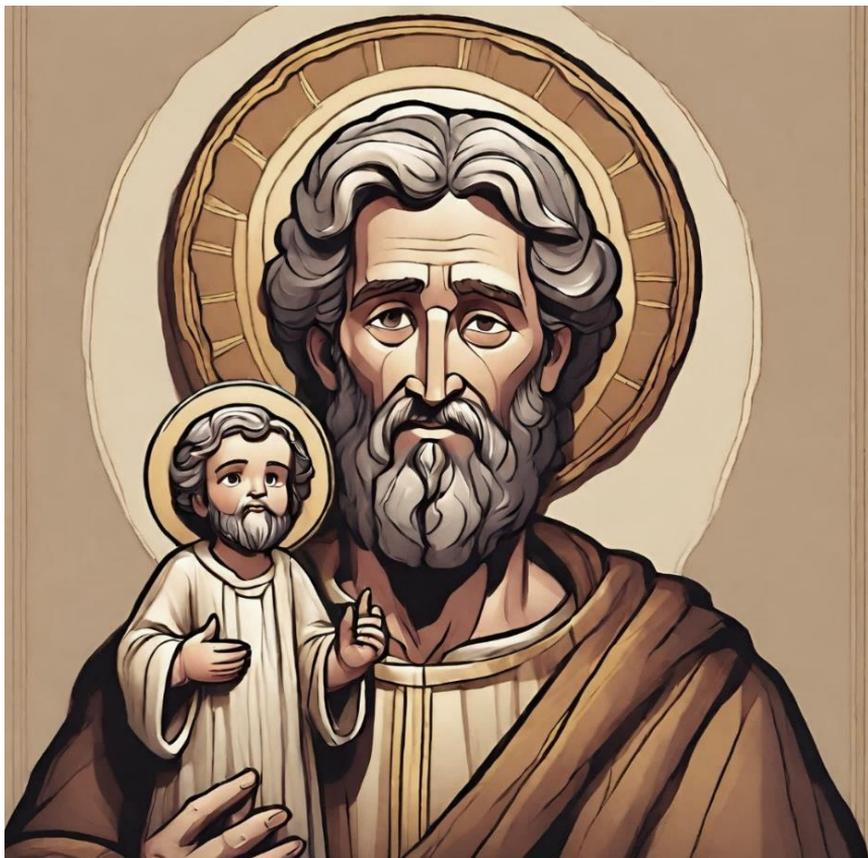
—Lo ideal es llegar a setenta por ser siete el número mágico, pero lo conseguido es suficiente para iniciar el mercadillo el próximo domingo.

Fabiola y don Luis, el cura que siempre llevaba la cabeza ladeada hacia el lado izquierdo, protestaron ante el alcalde:

—Exigimos también fondos municipales para adquirir figuras de santos para venderlos en el mercadillo.

Don Torcuato, el Cohete y Atanasio se vieron obligados a hacer otro viaje urgente a Sevilla para comprar

figuritas de todos los santos que pudieran encontrar. No les fue difícil, en una sola tienda de la plaza del Pan consiguieron todo el santoral, sin que faltase un solo día del almanaque. El dueño del local, agradecido por la extraordinaria venta realizada, les regaló una Santa Dorotea de Capadocia, un San



Badulfo Monje y un San José defectuoso porque al artista le salió el niño con barbas.

El primer Domingo de mercadillo, de mañana temprano, el cielo apuntaba lluvia, aunque se mantuvo en nublado, sin precipitar durante todo el día. Se montaron tres

largas mesas repletas: una con alimentos naturales regentada por Arcadio, la mesa esotérica de Armonía y Serenidad y otra atestada de figuras de santos despachada por Fabiola y don Luis. Los quemadores de incienso de la mesa esotérica y de la mesa santa competían elevando al cielo sendas columnas de humo aromático. Entusiasmada, Serenidad pregona al cielo cerrando los ojos:

—¡Pon una tortuga en tu vida, viven durante años, son símbolo de paciencia y de familia, traerán longevidad y buena suerte a tu hogar!

Fabiola, exhibiendo su dentadura equina, contraatacaba los decibelios alcanzados por la voz de su hermana:

—¡Para que Dios bendiga tu hogar, compra una Sagrada Familia!

Arcadio, quien había dejado a cargo del restaurante hostel Los Monteros a Carmelita, cerraba el coro:

—¡Las mejores castañas de la sierra para asar y compartir en familia, las nueces y el té verde te darán una larga vida!

—¡Las llaves antiguas abren las puertas de la prosperidad, si queréis tener suerte en vuestros negocios o trabajos, comprad una!

—¡Compra un San Pancracio, ponle perejil, verás qué bien te irán los negocios!

—¡Albahaca para atraer el dinero!

— ¡Una campana altera las vibraciones del aire para hacer circular las buenas energías, apartando las negativas, atrayendo las positivas!

— ¡Si quieres dominar las energías, compra una figura de Santa Bárbara y rézale!



— ¡Frutos secos, miel de romero, polen de abeja!

— ¡Si quieres apartar el mal de ojo, un ojo turco de vidrio azul te protegerá contra la maldad y las malas intenciones o deseos que puedan atentar contra tu persona!

—¡San Alejo contra la envidia, los chismes, la brujería!

—¡Huevos de granja para el mal de ojo!

Las cuerdas vocales habían alcanzado el punto óptimo de calor, estaban listas para la batalla final:

—¡Tréboles de cuatro hojas para los cuatro pilares de la felicidad: salud, amor, prosperidad, buena fortuna!

—¡Setas y espinacas para la paz y la felicidad!

—¡San Felipe Neri para la felicidad!

—¡Estrellas de cinco puntas aportan luz y espiritualidad a nuestro ambiente, a nuestro entorno, a nosotros mismos! Procura que la punta superior esté bien orientada hacia arriba, déjate sorprender por su atracción de buena energía.

—¡San Francisco de Asís, si deseas vivir en armonía con la naturaleza y contigo mismo!

—¡Frutos rojos del bosque para alcanzar la armonía!

—¡El elefante simboliza el poder y la sabiduría, así como la paz y la felicidad! Colócalo siempre mirando a la puerta del hogar.

—¡Si quieres sabiduría, acude a Santo Tomás de Aquino!

—Para ser más inteligente, remolacha deshidratada.

A media mañana, la plaza se había convertido en un bullir de personas que emigraban en bandada de estorninos de un puesto a otro atraídas por aquellas gargantas de Hamelin. Un conato de disputa por adquirir la única figurita

de San Judas Tadeo, patrón de los casos imposibles, fue inmediatamente resuelto por el Cohete.

- Cuerno de la abundancia, aporta riqueza.
- San Cayetano, para la abundancia.
- Para atraer la abundancia, manzanilla.



—Si quieres tener suerte en cuestiones de amor, debes de tener en casa un nudo, porque representa la unión o el lazo del cariño.

- Reza a San Valentín.

—Para aumentar la potencia amatoria: fresas, frambuesas, semillas de calabaza, higos.

Pocas semanas después, el mercadillo había alcanzado los veinticinco puestos. Artesanos, pintores, ceramistas y tejedores habían acudido al calor del éxito y la atracción que el mercadillo ejercía en las provincias cercanas. Los domingos se atestaba el pueblo de coches. Ante tal afluencia de público, el bar Josely se vio obligado a contratar dos camareros. La librería papelería Toñy, la zapatería Loly, la mercería Pury y hasta la peluquería de señoras Enkarny decidieron abrir también los domingos. José María, el Cohete, no paraba en todo el día de ordenar el tráfico y poner multas. De vez en cuando, discutía con algún forastero que se ponía gallito; entonces abría su mano derecha, la posaba sobre la funda de la pistola y miraba con ojos semicerrados, de alerta, al infractor mientras lo señalaba con su mano izquierda, como marcando una diana en el centro del pecho.

—¡No me obligues a detenerte!

En eso solían terminar las discusiones, sin ir a más. El colon irritable del Cohete, dormido desde hacía veinte años, se había despertado nervioso como triple dosis de cafeína desde que Armonía apareciera por el pueblo dos meses atrás. El agente corría en busca del retrete municipal varias veces cada plácida jornada dominical. Don Torcuato, el alcalde, mandó construir un amplio aparcamiento junto a la carretera nacional.

—¡La salud y el orden están por encima de todo!

## De una boda bajo las estrellas y de ciertos deseos encendidos



Los balcones seguían engalanados con sábanas blancas. Los lazos se habían descolorido por el suave sol del otoño, los ojos se habían acostumbrado a ellos. Rojos y verdes se habían degradado a un marrón olvidado que impedía distinguir a

qué bando pertenecía cada casa. A nadie se le ocurrió reemplazarlos. Armonía y Serenidad comían, se aseaban y dormían en el hostel. Permanecían siempre juntos en la misma estancia, hasta cuando era preciso cumplir con ciertas necesidades fisiológicas pestilentes. Por la calle, caminaban de la mano sin soltarse, la más mínima separación provocaba en Serenidad una crisis. Habían fijado la fecha de su sagrada unión para el solsticio de invierno. Doña Francisca enviaba todos los días a don Luis, el cura que siempre ladeaba la cabeza hacia el lado izquierdo, y a Fabiola, para convencer a su hija:

—¡Por favor, hazlo por tu familia, no cometas esa locura!

Volvían, invariablemente, con una rotunda negativa:

—He despertado a la auténtica, a la única verdad, a la certeza de un futuro plácido, sin peligro alguno.

Movida por un sentimiento de piedad hacia su madre, Serenidad decidió ir a visitarla días antes de su unión con Armonía. Salió de la habitación donde dejaba a su amado respirando profundamente junto a la ventana abierta a la mañana, saludando al sol «generoso de luz, calor y vida». Mientras bajaba las escaleras, sintió que los «y si» se le clavaban en el pensamiento, atravesándola hasta abrirle el pecho en dos. De nuevo le acechaban todos los peligros imaginados, la paz se había volatilizado, el alquitrán de la ansiedad untaba de brea sus alas. En el comedor del hostel, a esa hora de la mañana, ya olía a guiso de caldereta de venado.

Dio la vuelta, corrió escaleras arriba atropellada por el pánico, irrumpió de golpe en la habitación y se aferró fuertemente al brazo de Armonía, quien no pudo completar su salutación al astro rey. El hombre necesitó seis horas de susurro adormecido en el oído de Serenidad para que los



músculos de sus brazos se fueran relajando hasta conseguir liberar la extremidad.

En cuatro meses, Arcadio había ganado una fortuna. Desde que la pareja le comunicara que después de su unión querían instalarse por su cuenta, se le escuchaba llorar todas

las noches como un niño a quien le quitan un juguete, mojado, moqueando la almohada. Noches angustiosas también para Carmelita, quien oía desde el colchón desplegado detrás de la barra del hostel los alaridos de aflicción emitidos por la garganta de su marido. Todas las noches vencía su terror a salir de detrás de la barra para subir a la habitación de Arcadio un buen tazón de tila. Todas las noches bajaba la escalera corriendo con el tazón estampado en la espalda y la piel quemada por el agua caliente. Un mes duró el duelo de lamentaciones, tazones volando y ungüentos recetados por don Manuel para curar las quemaduras. Cuando aceptó la realidad, agradecido, Arcadio ayudó a la pareja a comprar una casa vetusta y amplia en el camino de las huertas, a un kilómetro del pueblo cruzando la carretera nacional. La casa disfrutaba de un salón con chimenea, seis habitaciones y una parcela de tres mil metros cuadrados donde castaños y encinas custodiaban una zona de huerta abierta al cielo en un claro del terreno. Allí celebrarían la sagrada ceremonia de unión el 22 de diciembre de 1978, justo a las cinco y veintiún minutos de la madrugada, momento preciso del solsticio de invierno. Después trabajarían por su cuenta. Serenidad había convencido a Armonía de que el sucio metal no era tan innoble como él creía. No le costó mucho convertirlo, «todo depende de cómo se miren las cosas».

Adelita, la modista, había encontrado en Sevilla una tela plateada ideal para la ceremonia. Sería su regalo de

unión. Confeccionó dos túnicas amplias que les permitieran vestir ropa de abrigo debajo. Les cosió soles de color naranja, lunas y estrellas azules, planetas en rojo, estrellas de mar en tonos aguamarina, árboles de copa verde y tronco marrón, margaritas amarillas, gotas de lluvia celestes. Visitaba a



menudo a la pareja para tomar medidas. Estaba muy agradecida porque Armonía le había vaticinado mediante las cartas del Tarot que en el próximo año conocería a un hombre, que se enamorarían y se casarían pronto.

—Tal alegría merece, sin duda, que os haga un buen regalo.

Adelita no era nada agraciada, estaba convencida desde los trece años de que quedaría para vestir santos, pero aquella buena nueva había abierto su esperanza de par en par para que corriera por sus venas la alegría a borbotones intensos. Cada noche, sus ojos ilusionados y embelesados contemplaban a través de unas gafas de culo de vaso aquellas telas de ensueño. Sus manos regordetas, después de que su madre se hubiera retirado a dormir, cortaban y cosían las prendas celestiales. Puntada a puntada, imaginaba cómo sería su inminente novio, y de vez en cuando se levantaba de la silla para bailar con ella misma la canción romántica que sonaba, bajita, casi susurrante, en el transistor. Otras veces, se le escapaban lágrimas de emoción escuchando al Loco de la Colina.

La noche de la sagrada unión, un centenar de incondicionales partió a las cuatro de la madrugada hacia la recién comprada casa de Armonía y Serenidad. Portaban antorchas encendidas, iluminaban con ellas el camino de tierra haciendo que las sombras de los castaños parecieran fantasmas danzantes. Llevaban sendos lazos verdes de raso en el pecho a la altura del corazón. Detrás del grupo, separados a cien metros, caminaban Fabiola, don Luis y el Cohete, quien repetía en voz alta:

—Espero que no se necesite poner orden.

El altar estaba preparado en el tronco seccionado de un castaño centenario al que todavía le brotaban algunas ramitas verdes, rodeado por un círculo dibujado con pétalos de rosa. Serviría como mesa de ofrenda a la madre naturaleza. Las antorchas también formaron en círculo. Sus



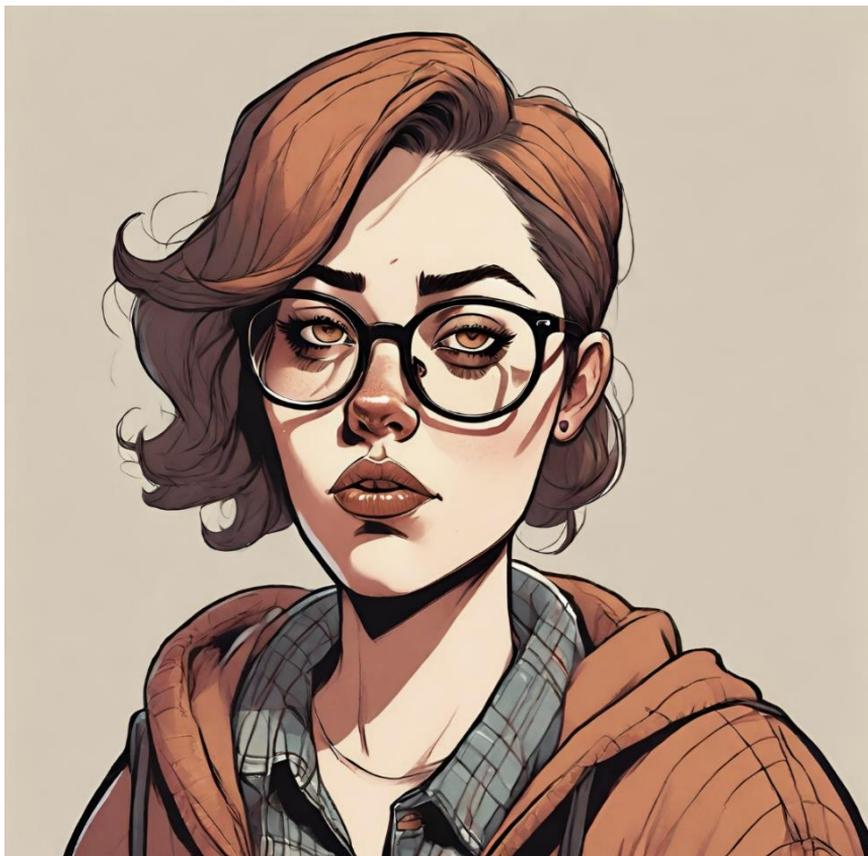
portadores entonaban, ojos soñadores, la canción *Viva la gente*. La ceremonia comenzó, la pareja salió de la casa cogida de la mano. Armonía y Serenidad relucían vestidos con las túnicas confeccionadas por Adelita. Ella se había peinado con una guirnalda de flores, él dejaba acariciar su melena por la

brisa. De sus cuellos y muñecas colgaban collares, pulseras de cerámica con figuras de tréboles de cuatro hojas, estrellas de cinco puntas, nudos, llaves. Detrás de ellos, trece amigos portaban trece quemadores que levantaban a los olfatos aromas de incienso. Como hacía muy buena noche y no soplaba nada de aire, y dado que a la casa no llegaría la electricidad hasta años más tarde, alguien muy previsor llevó un grupo electrógeno al que enchufó un ventilador. Junto al ara, mirando al norte, lanzaron pétalos hacia el elemento viento soplado artificialmente por el ingenioso aparato. Cara al oeste, rociaron con un pulverizador de plástico donado por la peluquería de señoras Enkarny, lluvia sobre el elemento agua contenido en un lebrillo de barro. Orientados al este, arrojaron puñados de arena sobre el elemento tierra. Mirando al sur, encendieron una antorcha sobre el elemento fuego que ardía en el hueco del tronco del castaño. A las cinco y veintiún minutos en punto, Armonía besó a Serenidad y le levantó la túnica dejando ver un culo blanco, redondo como la luna, natural, desprovisto de ropa interior. El hombre se alzó la saya para dejar al aire su enorme pene erecto. Los presentes, asombrados de boca abierta, consideraron que era hora de marcharse si no querían ser testigo a la luz de las teas de la consumación de la sagrada alianza. Antes de que Armonía acostara a su amada sobre la hierba, los asistentes ya trotaban por el camino de vuelta portando sus antorchas todavía encendidas. Don Luis enderezó su cuello para

enfocar mejor la escena, deseaba quedarse para contemplar el espectáculo. Fabiola tiró fuertemente de él.

—¡Padre, por Dios!

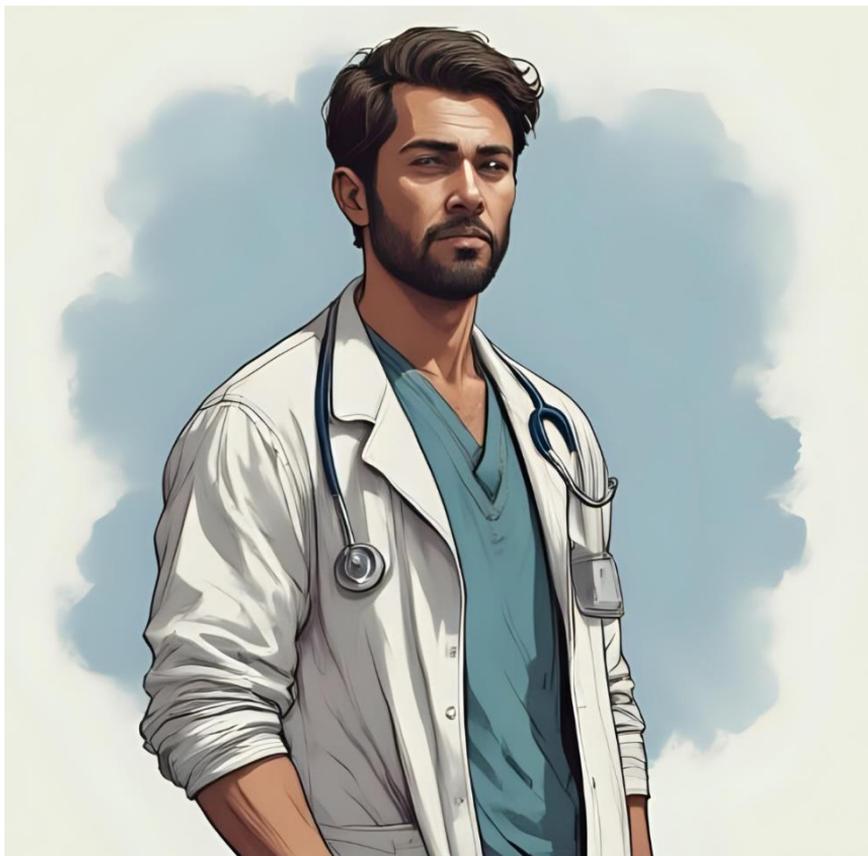
Tumbados sobre la hierba, el pene de Armonía penetró la «acogedora diana». Adelita también observaba



con ojos de búho imaginando las mieles del sexo que pronto, según se le había vaticinado, gozarían su cuerpo y su alma. Cuando vio cómo las nalgas y los testículos colgantes de Armonía bailaban rítmicamente arriba y abajo entre las piernas bien abiertas de Serenidad, su boca hecha agua

comprendió que era el momento de marcharse por el camino de vuelta con la antorcha y el deseo encendidos. Solo la luna, los árboles y la luz del fuego escucharon los gemidos de placer elevados al cielo como agradecimiento por el don de la procreación. Armonía le regaló a su recién consagrada mujer una ramita de castaño cuando el alba clareaba tras los montes cercanos.

## Donde se cuenta el nacimiento de Pros y se da fe de la paciencia de Tere y don Manuel



Don Manuel fue destinado como médico de cabecera al pueblo de Haftarad en 1977. En las maletas llevaba ropa interior, camisas y pantalones para vestir a diez hombres durante un año. «Nada se interpone ante el obstinado amor de una madre». En su ánimo palpitaba un decidido interés

de entrega a las personas, sus ideas soñaban con revolucionarios programas de salud y prevención comunitaria. Muy pronto, aquella cándida ingenuidad se dio de bruces con una realidad igual de obstinada que el cariño textil de su madre. Poco antes de las elecciones municipales de abril de 1979, a don Torcuato, el alcalde, quien se presentaba como candidato por la Unión de Centro Democrático, los nervios se le habían metido en el estómago y le habían provocado una gastritis aguda que le impedía caminar hasta el consultorio debido al intenso dolor que le provocaba. Don Manuel lo visitó en su domicilio. Era la primera vez que pisaba la casa del alcalde. Le llamó la atención que exhibía colgados en el salón los retratos de Alfonso XIII, Franco y Juan Carlos. Don Torcuato notó la extrañeza del médico y, desde el sillón de cuero verde donde se retorció sobre el estómago, dijo:

—Todos los días, sin falta, les paso un paño para quitarles el polvo.

Don Manuel extendió la receta: hidróxido de aluminio combinado con leche de magnesia. Al terminar la visita, el alcalde lo despidió agradecido:

—Espero y deseo que pronto conozca a una moza serrana de mejillas sonrosadas, se case con ella y nos regale con la alegría de muchos pequeños paisanos.

Aquellas palabras marcaron la primera muesca en su pretendida y premeditada paciencia. El resultado de las elecciones fue un rotundo e incontestable triunfo del alcalde

en las urnas que aceleró la curación de su mucosa gástrica inflamada.

—Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer —se aseguraban, como verdad irrefutable, unos a otros los habitantes de Haftarad cuando se cruzaban y saludaban



levantando las gorras por encima de calvas o canas. Don Torcuato, después de tamaña victoria electoral, eufórico y orgulloso, mandó colgar también el retrato de Adolfo Suárez en el salón de su decente hogar. Ese mismo día, Fabiola Sabio acudió a consulta para que el médico le recetara un

ansiolítico potente. Se había enterado de que el candidato del Partido Socialista Obrero Español había conseguido cuarenta y cuatro votos, y el del Partido Comunista de España, dos. Nada más entrar, temblorosa, se santiguó siete veces y elevó al cielo, mano huesuda sobre la sagrada Biblia que la acompañaba siempre a modo de bolso, su firme promesa:

—Vestiré totalmente de negro, en señal de luto, mientras los partidos de izquierda permanezcan legalizados en España.

Realizado el lapidario juramento, se derrumbó sobre la silla en un llanto de jipíos silbantes:

—¡Otra vez la guerra, se rompe España! —repetía compulsivamente.

Don Manuel le tomó la tensión con su esfigmomanómetro portátil de mercurio, la tenía altísima. Aquella escena en sepia le hizo aceptar una realidad tan evidente como poco deseada por él. «No va a ser fácil». En septiembre, tocó a la puerta de la casa de Armonía y Serenidad. Al abrir, Armonía se topó con la barba perfectamente perfilada y el cuerpo esbelto del médico vestido con traje de boutique.

—¿Otra vez usted? —preguntó exhibiendo un claro gesto de hartazgo—. Pase.

Sentado en un sillón forrado de telas hindúes de color naranja, don Manuel intentó convencerlos una vez más de la necesidad de consultar con un ginecólogo y de la

conveniencia de que Serenidad diera a luz en un hospital a la criatura que se gestaba en su seno.

—No hay mejor doctor que la naturaleza —contestó Armonía.

—Él ha vaticinado que nada malo nos ocurrirá ni a mí



ni a la niña. Esa es la mayor garantía que podemos tener —añadió Serenidad.

—¿A la niña? —preguntó extrañado el médico.

—Sí, ya lo sabemos, el péndulo siempre hace círculos sobre mi vientre. Nunca ha oscilado, siempre círculos. Mi marido se lo demostrará.

Armonía, en quien se adivinaba un gesto de «¿qué sabrá este señor que no ha salido en su vida de los libros?», desplegó un péndulo sobre el vientre desnudo y a término de Serenidad.

—El círculo es la tierra, el círculo acoge con amor como la vagina acoge al pene. El círculo es lo femenino. El movimiento pendular es la semilla, el movimiento pendular no acoge, dona. El movimiento pendular es lo masculino — aseveró Armonía.

El peso, asido en pinza por los dedos corazón y pulgar de la mano derecha del santón, osciló en un movimiento dubitativo, indeciso, haciendo ochos, hasta que comenzó a dibujar inequívocos círculos sobre el ombligo y el vello púbico de Serenidad.

—Sí, será niña, y de mayor será tarotista —sentenció Armonía—. El parto será natural, tal como las hembras de humanos han realizado inmemorial e instintivamente ayudadas por la madre naturaleza. No hay nada que temer.

—Pero, pueden presentarse complicaciones. Deben ustedes pensar en la criatura, háganlo por ella.

—No se presentarán, ya se lo hemos repetido. El mayor regalo que podemos hacer a nuestra hija es un parto natural asistido por las sabias manos de su padre —explicó

Serenidad con la misma dulzura con la que los adultos hablan a los niños.

—¿Cómo pueden asegurar que no se presentarán problemas?

—Conocemos el futuro, para nosotros no tiene



secretos. Quédese tranquilo doctor, todo irá bien —apostilló Serenidad.

Fue la última vez que don Manuel propuso que pariera en un hospital, «estas mentes son puro granito», aunque no pudo evitar soltarles un exabrupto:

—¡Por Dios, qué borricos!, al menos no me podrán echar en cara que no lo he intentado.

Lo miraron regalándole una sonrisa beatífica de «comprensivo perdón» y lo invitaron a pimientos rellenos de calabacines con salsa de soja.

Por aquel entonces, el doctor ya había comprendido la necesidad de mantener la alacena bien surtida de café y madalenas. Los primeros días de octubre embarraban los caminos con una lluvia persistente. Adelita, la modista, llamó a la puerta de don Manuel. El médico abrió, la mujer estaba empapada, le faltaba el resuello.

—Pasa, ¡por favor!

Sentada junto a la chimenea, cuando pudo articular palabra, dijo:

—Vengo de casa de Armonía y Serenidad.

—¿Y?

—Los visitaba porque estoy interesada en saber cómo va a ser un próximo amor que Armonía me ha prometido y que ya, necesariamente, debe de estar al caer. Mientras miraba los pozos del café y me describía las bellas facciones de mi futuro amado, Serenidad rompió aguas. La cálida humedad que corría por sus piernas la hicieron sonreírme confiada, entonces Armonía se asomó a la puerta para anunciar que el momento había llegado y para rogar a los presentes, quienes aguardaban cola en el exterior bajo paraguas, que se fueran a sus casas.

Al galeno no le dio tiempo de asquearse con «las bellas facciones de mi amado» ni con «la cálida humedad que corría por sus piernas». Se levantó de golpe del sillón, dejó a Adelita saboreando un café con madalenas mientras se calentaba la existencia y telefoneó a Tere, la enfermera del consultorio



médico. En menos de cinco minutos corrían a solicitar al alcalde el todoterreno municipal. El vehículo, conducido por el Cohete, pudo llegar a la casa patinando sobre el barrizal. Armonía abrió la puerta airado y rechazó la oferta de ayuda.

—Está bien, pero quiero que sepas que yo no me moveré de la puerta, eso no me lo puedes impedir —informó de sus intenciones el médico.

Tere, el Cohete y don Manuel esperaron cobijados dentro del todoterreno. Fuera, el aguacero impedía ver más allá de un metro. Una hora después salió Armonía a la puerta, no dijo nada, su rostro indicaba qué ocurría. Tere y el doctor corrieron al interior. En la cama, Serenidad se retorció entre agudos dolores. No se presentaban dificultades graves, tan solo tardaba en dilatar como tantas primerizas. Horas más tarde, un llanto de bebé tranquilizó el nerviosismo de Armonía.

—Para ser una niña tiene unos buenos testículos y un hermoso pene —bromeó don Manuel sarcásticamente.

Armonía, enfadado, argumentó:

—Ha sido su intromisión la que ha cambiado el sexo de mi hijo. Su incredulidad hacia mi arte ha degenerado en una mala influencia que me ha robado sabiduría natural y me ha hecho dudar a la hora de asistir al parto, pero, finalmente, todo ha salido bien tal como yo había vaticinado.

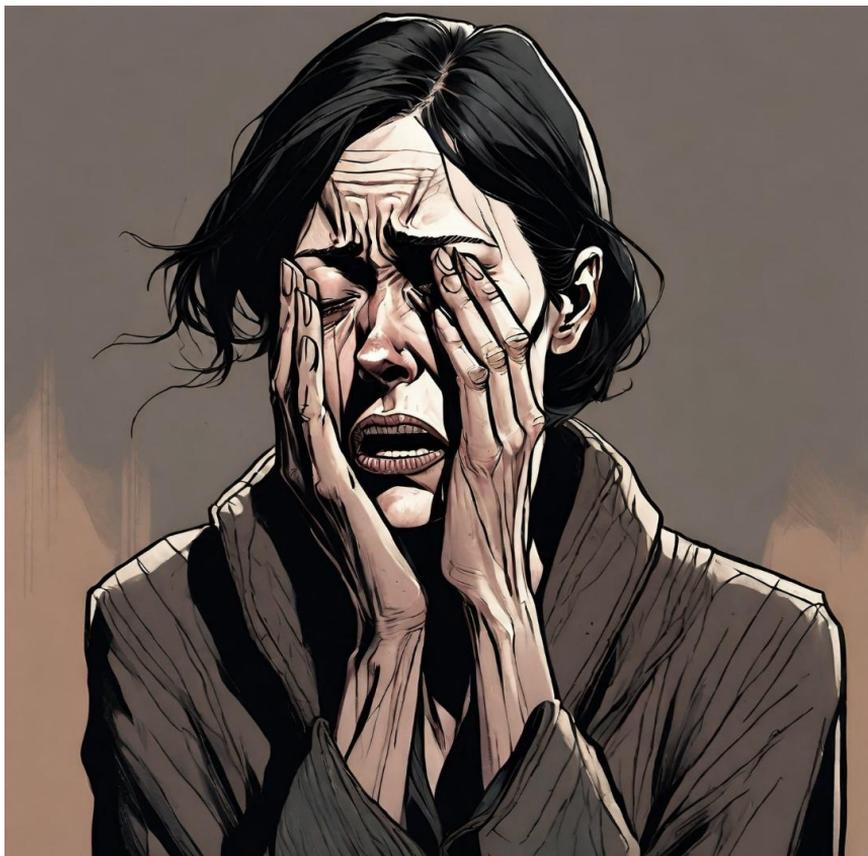
Señalando el pecho de don Manuel con el dedo como si quisiera dispararle en el esternón, pronosticó:

—Usted sufrirá diversos males futuros por haber adulterado el sagrado curso de la naturaleza.

Tere quiso quedarse esa noche para cuidar al niño y a Serenidad. Nada lo hubiera podido impedir, la entrega a los demás era su motivo de vida, su felicidad plena. Cada vez

que alguien le regalaba un sentido «gracias», experimentaba un intenso e íntimo orgasmo. Armonía no se opuso.

En el mes de diciembre, Fabiola Sabio volvió a la consulta para que don Manuel le curara las plantas de los pies.



—Me sangran, las tengo llenas de llagas y ampollas.

Había visitado cuarenta y tres veces a Serenidad, soportando descalza el tortuoso camino hasta la casa para rogarle que bautizara al niño «como Dios manda». Una y otra vez se encontraba con la negativa de su hermana, quien le

aseguraba que el bebé ya tenía nombre, se llamaba Prosperidad y había sido iniciado con una ceremonia en «la verdad del mundo natural y esotérico».

Fabiola alternaba las peregrinaciones descalza a casa de su hermana, pues había hecho promesa, con una feroz cruzada emprendida en contra de la película *La Vida de Brian*. El traje negro de la mujer y el cuello de don Luis, ladeado hacia la izquierda en una inverosímil escoliosis, visitaban puerta por puerta a los feligreses de Haftarad para advertirles de las terribles consecuencias que sufrirían si acudían a Aracena o a Sevilla para ver la película. En cada casa que entraban, la radio sonaba con *The Wall*, de Pink Floyd. Fabiola consideró que aquella música era propia de Belcebú, pero don Luis la convenció para que no comenzara una nueva contienda porque con la de la película ya tenían trabajo de sobra. Una semana después, se había unido a la sagrada misión la madre de Fabiola, doña Francisca López Gómez, más conocida como la Paca. No salía a la calle desde el disgusto de Victoria Eugenia y el posterior nacimiento de un nieto «engendrado por el mismísimo Diablo». Había jurado, estirando su enorme cuerpo y elevando sus pechos de cántaros, que no conocería jamás a «ese niño bastardo, impropio de su linaje, fruto de la más pura chusma». Y si para ello era necesario enterrarse en vida entre cuatro paredes, así lo haría, pero aquella blasfemia de *La vida de Brian* la llamaba a salir a la calle para recomponer la decencia. Dos semanas después, don José Sebastián, maestro de

primaria, y su mujer, doña Socorro, la farmacéutica del pueblo, también se unieron a la cruzada. El quinteto justiciero visitó una tarde a don Manuel para hablarle de la película. El médico les aclaró mientras tomaban café con madalenas:



—Ah, sí, ya la he visto en Sevilla. Es buenísima, me harté de reír.



**Nacimientos de Alma y Neme aderezados con un viaje astral que despertó erotismos y celos en las mujeres de Haftarad**



Dos años después del nacimiento de Pros, Alma fue «alumbrada a la sagrada naturaleza». El péndulo de Armonía, adquirido en noche de luna llena en un mercado

de vigilia cerca de Bombay, «como siempre que no existen intrusiones de errados amantes de la ciencia», descifró y acertó el sexo. Don Manuel, aunque esperaba de nuevo en la puerta del hogar de Serenidad, tuvo que irse «con su ignorancia entre las piernas, como hacen los perros cuando reconocen superioridad en el contrincante». No intervino en el parto porque Armonía, «guiado por la madre tierra», atendió a Serenidad en un parto natural.

Neme nació «a la verdad» en 1983. Aquel otoño había sido testigo del descolgar de sábanas y lazos de su amarillento olvido. Haftarad recobró sus estéticos balcones recargados de macetas. Las begonias alegraban con puntos de color el blanco de las casas. Fabiola se encontraba realizando la cuadragésima segunda promesa con la que rogaba a Dios todopoderoso que curara la «locura de mi hermana y la traiga de vuelta, cual hija pródiga, al amor de la Santa Madre Iglesia». Incorporó sendas piedras a cada uno de sus zapatos negros de medio tacón. Caminar cien metros se le había convertido en una tortura. Armonía persiguió sanarla con ungüentos de cera de abeja, eucalipto y romero, pero ella se negó:

—Tú, profeta de Satanás en la tierra, no me pondrás una mano encima.

Prefería acudir a don Manuel, quien la reprendía cada vez que tenía que curarle una penitencia.

—¡Te estás destrozando con las promesas!

— ¡Tengo que ser fuerte! — respondía Fabiola cada vez que el médico le reñía.

— Recapacita, eso que haces, ¿para qué vale?

— Cuanto más tarde Dios en concederme la gracia que le pido, más mérito habrá tenido mi sacrificio y más



contundentes serán los resultados.

La víspera de difuntos, Adelita se encontraba en la consulta esotérica de Armonía. Cariacontecida, mostraba un incipiente enfado:

—Todavía, después de varios años, no he encontrado al profetizado y deseado varón que me hará tan feliz. Algo no funciona.

Armonía indagó en los pozos del café las razones, «ajenas a su saber», que obstaculizaban la realización del vaticinio:

—Algo retiene a tu enamorado. Debo saber claramente quién es para ayudarle a liberarse —aclaró.

—Y eso, ¿cómo puedes saberlo?

—Solo hay una manera: consumando un viaje astral. Gracias a la meditación, mi alma inmortal emergerá de mi cuerpo mortal, se elevará, levitará, salvará liviana el techo y el tejado de la casa, transitará hasta el pueblo suspendida sobre energía cósmica, ingresará en la casa de tu amado, descubrirá quién es y qué es lo que le ocurre.

—¿Cuándo vas a hacer ese viaje?

—Esta noche.

—¿Puedo estar presente?

—Si quieres, puedes hacerlo.

—¿Y si mi futuro amor no residiese en el pueblo?

—No es una posibilidad, percibo a la perfección que habita en el pueblo.

Serenidad, impulsada por su sempiterna hospitalidad, invitó a Adelita a cenar. Después de acostar al pequeño Pros, «cuatro años de vida consagrada a la madre tierra»; y a Alma, «dos primaveras consagradas al cielo protector», Armonía se despojó de la túnica y se tumbó sobre la alfombra

completamente desnudo. Adelita miraba a Serenidad inquiriendo una respuesta a su incredulidad, la sonrisa de su amiga la sosegó. El hombre cerró los ojos. Su cuerpo mutó de color, el moreno natural de su piel fue aclarándose hasta tomar el tono de la de un escocés pelirrojo. La temperatura



de su organismo descendió hasta la de un difunto. Silencio, más silencio, solo se oía «el callar de los siglos». Media hora después, una voz grave emanada del centro de las entrañas hibernadas de Armonía informó:

— Asciendo sobre el espacio físico, emerjo de la casa, hermanas estrellas besan mi ser, viajo hasta el sereno pueblo, paz de hogares encendidos, soy gravitado hacia una morada, penetro.

El pene de Armonía comenzó a acrecentar su tamaño hasta alcanzar una erección completa, rígida, henchida de sangre viva. Adelita observaba con la boca abierta aquella metamorfosis para ella desconocida. Serenidad hacía honor a su nombre. La voz surgida de las entrañas continuó:

— No, esta no es la casa, estoy contemplando a una pareja haciendo el amor, no me está permitido revelar nombres porque me debo al secreto de la completa sabiduría. Vuelvo a elevar mi alma para escapar de este hogar y alcanzar de nuevo las estrellas. Salgo, aguardo la llamada de la energía adecuada, soy atraído hacia un tejado, la gravedad es poderosa, penetro, sí, ahora estoy en el lugar correcto, lo veo con claridad.

El pene volvió a situación de reposo. Adelita, aunque estaba hipnotizada ante semejante fenómeno, logró recuperar la atención para preguntar impaciente:

— ¿Quién es?

— Lo veo, llora sobre la almohada su desesperación por no tenerte, maldice su eterna y severa timidez que le impide acercarse a ti para declararte su amor.

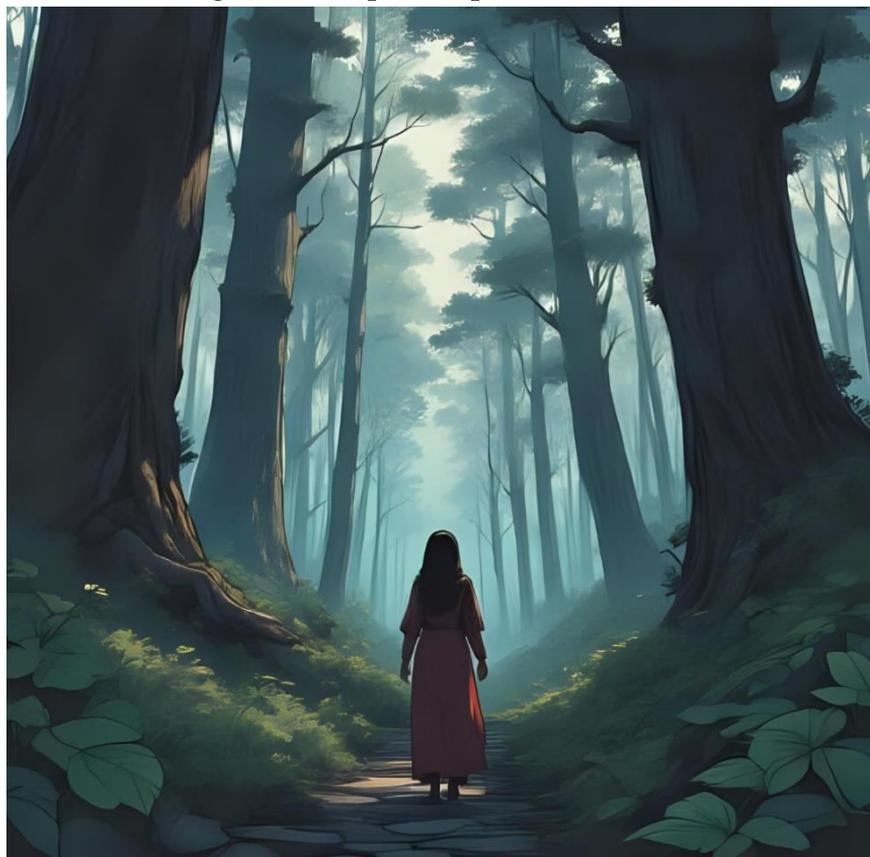
— Pero, ¿quién es?

— Es don Manuel, el médico.

Adelita alzó su mirada al cielo a través del techo, cruzó las manos sobre su corazón, suspiró:

—¡Don Manuel!

Sin bajar la mirada ni descruzar los brazos, se levantó de la silla, dirigió su cuerpo a la puerta, salió de la casa. Le



fue preciso, muy a su pesar, descender mirada y brazos a la tierra para encender una linterna, caminar bajo las constelaciones, montarse en el coche y tomar el camino de vuelta a su casa. Adelita se perdió en la oscuridad mientras Serenidad rompía aguas justo cuando las doce campanadas

del reloj anunciaban que había llegado el día de los difuntos. Sin duda, la energía de Adelita ejercía influencia de parto sobre mujeres a término, pues de tres roturas de agua que bendijeron aquel hogar, en dos de ellas había acudido la modista a la consulta esa misma tarde. Con mirar desencajado de espanto, Serenidad buscó desesperada los ojos de su marido para exclamar:

— ¡No puede ser, es muy pronto, además, hoy es el día de los difuntos, no es buen augurio, daré a luz un monstruo!

— Tranquilízate, don Manuel está en su cama llorando por Adelita, no se va a enterar de que estás de parto, hoy no vendrá a incordiar y a estropear el rumbo y los designios de la sagrada naturaleza. Todo seguirá su curso correctamente.

Las palabras, como siempre, ejercieron en la preocupación de Serenidad el efecto de triple dosis de «químicos ansiolíticos». Dos horas después, Neme abrió los ojos a la vida sin complicación alguna. No rompió a llorar ni siquiera cuando su padre golpeó, con cariño y delicadeza, las tiernas nalgas de recién nacido.

Varios días después, la pareja paseaba por el pueblo con sus tres hijos. Al ver al médico degustando un café en la terraza del hostel restaurante Los Monteros, se acercaron a él para mostrarle a su recién nacido.

— Puede usted comprobar, señor galeno, que cuando no se entromete, todo marcha tal como el destino dicta. Sagrada naturaleza dos, equivocada ciencia uno.

Don Manuel no pronunció palabra, se había prometido a sí mismo no contestar a estupideces. Continuó leyendo el periódico. Dos mesas más allá, Adelita, saboreando una tarta serrana de castañas y queso, no le quitaba ojo a su futuro amor revelado por el viaje astral que



Armonía había realizado ex profeso. Ya imaginaba el día de su boda: guapísima, más delgada y sin gafas. Todavía no disfrutaba del suave abrazo de aquel hombre sobre sus abundantes y deseosos senos, pero se sentía dichosa solo de

saber que don Manuel estaba absolutamente enamorado de ella.

Adelita había relatado a medio pueblo que el alma de Armonía gozaba de la capacidad de abandonar su cuerpo, transponer paredes y techos y contemplar hermosas doncellas mientras dormían. Desde entonces, en sus camas, algunas muchachas se mantenían alerta y se tapaban más de lo normal. Otras, incluso en pleno invierno, dormían casi desnudas dejando bien a la vista sus atributos sexuales.

## Sobre un empate a dos



Varios años de práctica de la medicina en Haftarad no habían cambiado la vocación de servicio a la comunidad que impulsaba a don Manuel en sus primeros días. No ejercía como al principio, cuando «mi cara de pánfilo iluso» creía que el mundo era tan justo y tan bello como su ideal de

Quijote sanitario. Servía al pueblo armado del imprescindible y necesario «arsenal contra la estupidez»: profesionalidad, calma, humor e ironía. «La sabiduría reside en la calma; la inteligencia, en el humor». Si hubiera podido tatuarse esa frase en el lóbulo frontal, lo hubiera hecho. La década de los ochenta había alcanzado su mediodía. El ocio del médico se embriagaba con el cine. «Películones» de la categoría de *Memorias de África*, *El color púrpura* o *El honor de los Prizzi* lo atraían a Sevilla los fines de semana, en los que escapaba del olor a estiércol que todavía impregnaba cada piel y cada alma de los habitantes del pueblo. Llegaba a la ciudad el sábado en la mañana. Llamaba a casa, siempre nervioso al marcar aquel número de azúcar e hiel. Cuando su padre no estaba, corría hasta el que nunca fue su hogar para abrazar a su madre y comerla a besos; cuando estaba, se quedaba con las ganas de verla clavadas en lo más profundo. Cervezas con los amigos en El Tremendo o el Jota a mediodía y tarde de cine o compras en boutiques de caballeros del centro o de la calle Asunción. Cada mes y medio, peluquería en El Corte Inglés. De noche, se transformaba «de capullo a mariposa». El pelo cardado, los ojos pintados, chaquetas brillantes con amplias hombreras, botas blancas. Su descaro irreverente llamaba la atención y atraía a bellos amantes a los que devoraba a besos para desfogar y olvidar el papel interpretado de lunes a viernes. Un papel forzado, embutido en un traje mental que no dejaba respirar su auténtico ser. La Recua o El Coto conocían el loco danzar desinhibido de sus

caderas. Alaska, Mecano, Gabinete Caligari, El último de la fila u Hombres G refrescaban su juventud con un huracán de libertad. Si ligaba, pasaba la noche en casa del amante de turno o en su coche en el descampado de la feria. Si no había suerte, se quedaba a dormir en la pensión del Arenal que le



servía de base. Volvía a Haftarad la tarde del domingo nuevamente disfrazado de médico rural heterosexual. Todo el valor que le infundía Sevilla, se volatizaba en cuanto veía tras el parabrisas de su coche cómo la torre de la iglesia del pueblo aparecía a lo lejos. Lo quería, lo deseaba, lo anhelaba,

lo necesitaba; pero no se atrevía a ser él mismo, y lloraba su cobardía.

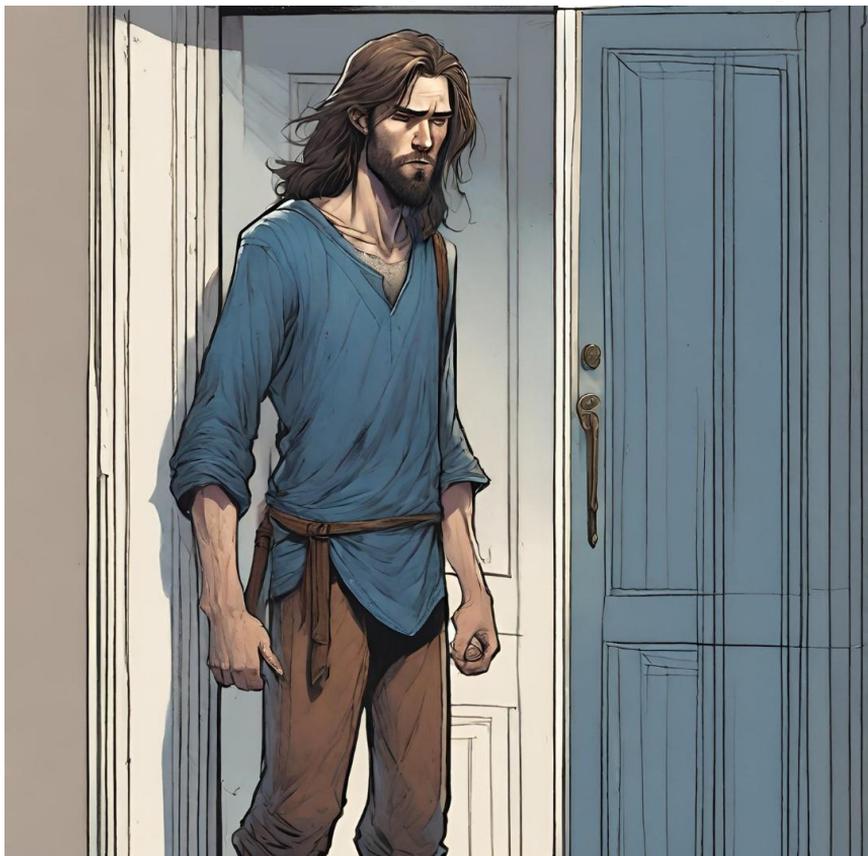
Por aquel tiempo, Adelita, la modista, parecía conocer cuándo le apetecía al médico sentarse en un bar a tomar café. En cuanto don Manuel llamaba al camarero, la veía aparecer vestida, pintada y perfumada de domingo. Ella se acomodaba en la mesa contigua, pedía una Coca Cola y retiraba la mirada cuando se cruzaba con la del doctor. Don Manuel, científico radical que jamás creyó en supersticiones, llegó a dudar de si aquel extraño fenómeno se debía, o no, a algún tipo de energía desconocida. Le extrañaba también que cada vez que hablaba con algún parroquiano, este le soltaba: «¿Ha visto usted, don Manuel, lo guapa que se está poniendo Adelita?», o «Adelita pasea todas las tardes por el camino del cementerio», o «a ver si despabila usted, que de algunas cosas no se entera».

Un día en el que hasta cinco personas le habían hablado de Adelita sin que él preguntara, llamaron a la puerta de su casa a la hora del almuerzo. Supuso que sería ella, que se había puesto enferma de tanto ser nombrada. Abrió, tras la puerta apareció Armonía, no decía nada, solo miraba hacia el suelo.

— ¿Serenidad está de parto? Imagino que si estás aquí es porque se presentan problemas. ¿La has dejado sola?

El silencio y la mirada hundida en el subsuelo contestaban a la pregunta como si de una afirmación explícita se tratara. Don Manuel llamó a Tere, corrieron los tres a

buscar el todoterreno del policía municipal. Mientras montaban, sin perder un segundo, el doctor ordenó al perpetuo alcalde, que entonces militaba en Alianza Popular, que llamara de urgencia a una ambulancia. Durante los diez minutos que tardaron en llegar a la casa, don Manuel perdió



la paciencia. Su volcán interior derramó lava en forma de aspavientos de manos, las obscenidades escapadas de su boca contra Armonía asombraron a Tere y al Cohete:

—¡Eres una bestia, un estúpido, un capullo! Estamos en el siglo XX, *miarma*, existen teléfonos, automóviles,

médicos, hospitales, colegios. Quiero que sepas que ya no te aguanto más, que te voy a denunciar, que te corto los huevos y te los pongo de corbata; y ya que el facha del alcalde no hace nada para que lleves a los niños al colegio, seré yo quien me encargue de ello. Vas a tener que hacerlo a la fuerza o te van a quitar los churumbeles. ¡Trastornado, idiota, gilipollas!

Cuando llegaron a la casa, Serenidad estaba lívida, casi muerta. Los niños lloraban mocosos y asustados a su alrededor. Don Manuel pidió al padre:

—Por favor, saca a los niños de aquí. —Armonía obedeció, los llevó fuera de la casa.

La mujer había dilatado, la coronilla del bebé comenzaba a asomar.

—Posición de manos sobre rodillas —ordenó don Manuel a Tere para que ayudara a Serenidad—. Ha salido la cabeza, hacemos una pausa para que el bebé rote.

—¿Sale? —preguntó Tere.

—No, no sale con facilidad, viene con una vuelta de cordón bastante apretada.

El doctor desplazó con suavidad la cabeza del bebé hacia el muslo de la mujer en la dirección que estaba mirando; el cuerpo salió con trabajo. Manteniendo la cabeza de la recién nacida cerca del muslo de la mujer, don Manuel introdujo un dedo entre el cuello de la pequeña y el cordón umbilical y aflojó la vuelta deslizándolo por encima de la cabeza. El llanto de la niña coincidió con el sonido de la sirena de la ambulancia.

—Afortunadamente, ha llegado la ambulancia, temo que le hayan quedado graves secuelas debido a la hipoxia — advirtió preocupado el médico.

Madre e hija fueron trasladadas a Maternidad. Tere las acompañó, Armonía se quedó con los niños.



Una semana después, Serenidad estaba de vuelta a casa. La niña se encontraba bien, habían logrado llegar a tiempo al hospital. Los felices padres invitaron a cenar al doctor en su acogedora y aromática casa en la que el olor a especias se agarraba a la garganta. El festín; a base de

verduras cultivadas en su propio huerto, bellotas, castañas, frutos silvestres y miel natural; agradó al invitado, quien, degustando un té de arándanos que le abrasó el esófago, sentado en un sillón fofo sin brazos ni respaldar sobre el que le costaba mantener el equilibrio, recibió la meliflua caricia hecha palabra de Serenidad.

—Hermano, hemos solicitado tu agradable presencia en nuestro hogar para recibir el incomparable honor de verte consumir los frutos de nuestro trabajo natural y para demostrarte agradecimiento por el interés sincero que pones en nuestro cuidado. Vestimos hoy con túnicas doradas como homenaje a la luz que alumbra tu espíritu. Nos arrodillamos ante ti venerando tu actitud, no tu ciencia, a la que consideramos equivocada.

Se pusieron de rodillas con la cabeza gacha y las palmas de las manos juntas a la altura del pecho. Don Manuel quedó boquiabierto y ojiplático. Se sentía como «una diosa adorada». Su innegociable humildad reaccionó:

—¡Por favor!, levantaos.

Atendieron la petición, se sentaron de nuevo.

—¿Cómo que veneráis mi actitud, pero no mi ciencia?

— preguntó un poco airado.

—Lo importante es la intención, no el resultado — respondió Serenidad.

En esa ocasión pudo controlar «la lava de mi volcán interior». No le gustaba enfadarse porque se le escapaba la pluma «como una loca cantando *María de la O* entre

geranios», y eso le aterraba, le traía recuerdos de años de sufrimiento en el colegio, en el instituto y, sobre todo, en casa. Las interminables horas ante el espejo ensayando andares y ademanes de hombre, se le olvidaban cuando se enojaba. Solo dijo:



—¿Resultado? ¡He salvado la vida de tu hija, de tu princesa!

El matrimonio sonrió perdonando y comprendiendo «su ignorancia». Serenidad continuó:

—Queremos comunicarte también que hemos decidido que los niños acudan a la escuela. Hemos consultado con la madre tierra y con el padre cielo. Consideramos que las enseñanzas basadas en la verdad absoluta emanada de la sagrada naturaleza que impartimos a nuestros hijos no está reñida con la necesaria relación que deben mantener con sus iguales. De mayores, serán ellos, cabalgando a lomos de su libertad, quienes decidan su modo de vida, decisión que nosotros respetaremos.

—¡Aleluya! —gritó don Manuel. De vez en cuando saboreaba alguna victoria en su continua y agotadora lucha.

Cariñosos y amables, le enseñaron a la niña recién nacida. La imagen de la pequeña dormida desnuda sobre una camita, compensó tantos años de estudios, sacrificios y entrega. El péndulo de Armonía había vuelto a equivocar el sexo, clavó la probabilidad de cincuenta por ciento: dos fallos y dos aciertos. El médico no pudo dejar de burlarse de Armonía:

—No veo ni el pene ni los testículos que pronosticó tu péndulo. Empatamos dos a dos. ¿Qué horripilante nombre le vais a poner?

—Longevidad.

—¡Madre del amor hermoso! ¿No tenéis cárcel por eso? —Se le volvió a escapar un poquito de lava. No se lo tuvieron en cuenta, lo despidieron con un sentido y apretado abrazo. Al salir, le dijo serenidad:

—¿Has visto lo guapa que está Adelita?

**Donde se cuentan las travesuras de Longe,  
las rarezas de Neme y las promesas de  
Fabiola**



Armonía y serenidad cumplieron la palabra que le dieron a don Manuel de llevar a los niños a la escuela. Les venía bien

porque les permitía atender a las numerosas almas que se agolpaban cada día a la puerta de su casa en busca de respuestas; tampoco era obstáculo para que aprendieran de su padre el «arte milenario de la adivinación, de deshacer males de ojo y de contactar con difuntos». En 1993 Neme había cumplido diez años, y Longevidad, a la que todos llamaban Longe, ocho. Pros y Alma abandonaron pronto los estudios. A los doce años, Alma se dedicaba a las tareas de la casa y al cuidado del huerto, así Serenidad podía entregarse por completo a ayudar a Armonía en la consulta. Alma no era ni guapa ni fea, ni alta ni baja, ni flaca ni gordita, ni lista ni tonta, ni graciosa ni antipática. Se le hacían más llevaderas las jornadas si las trabajaba soñando con escapar de allí para convertirse en una persona «normal». Deseaba vivir en el pueblo, donde pudiera disfrutar de una radio en la que escuchar a Eros Ramazzotti, Ricky Martin, Gloria Estefan o a Alejandro Sanz, y donde pudiera degustar una buena presa ibérica a la brasa.

Pros, a los catorce años, se había convertido en un muchacho fuerte. No quería saber nada de artes exotéricas, solo le interesaba su musculatura. Se pasaba las jornadas en el pueblo en compañía de otros ociosos de su misma edad. Las peleas con Armonía estallaban a diario, pues volvía a casa pasada la medianoche. En una ocasión, llegó a agredir a su padre dándole un puñetazo en la mandíbula. Serenidad se puso de rodillas ante Armonía implorando, rogando, arrastrándose, besándole los pies:

—¡Por favor!, no expulses a nuestro hijo del hogar, porque eso acabaría con mi salud.

Armonía, tras consultar la posición pacífica que en ese momento presentaban los astros, decidió perdonarlo:

—Así lo ordena el padre cielo. —Pros continuó



llegando cada noche después de las doce.

Neme era un niño tranquilo, demasiado tranquilo. De pequeño, sus padres llegaron a sospechar que no hablaba porque era sordo. Pronunció sus primeras palabras a los cuatro años: «sí» y «no». Las utilizaba, perfectamente

pronunciadas, para responder a las preguntas que le hacían sus padres cuando, por fin, se convencieron de que el niño no era sordo, simplemente, poco hablador. Nunca lloraba, no mostraba tristeza, ni miedo, ni interés por ningún juego. Serenidad, preocupada, le decía a su marido:

—Es un enviado del mal porque nació justo cuando las campanadas anunciaban que ya era día de los difuntos y porque el diámetro de su cabeza excede en bastantes centímetros de la medida que se considera normal para un niño de su edad.

Estaba convencida, pero su amor de madre lo centraba en arrancar a su hijo de las «malvadas garras de lo oscuro y atraerlo a la verdad natural de la madre tierra». Longe, en cambio, era una niña feliz de eterna sonrisa. Pelirroja, pecosa, delgadita y extremadamente ágil. Mostró desde muy pequeña una inevitable atracción por subirse a las copas de los árboles y a los tejados de las casas. Reía sin parar ante la más nimia broma, disfrutaba con cualquier actividad que realizara. Alegraba con su interminable parloteo la casa, el camino, la escuela y el pueblo. Los parroquianos la paraban para picarla:

—Longe, ¡qué fea estás hoy!

Y Longe reía.

—Longe, sube al tejado de mi casa, que se me ha escapado el gato.

Y volvía a reír. Nadie se dirigía a Neme, el invisible, aunque se encontrara al lado de su hermana. Impresionaba

su seriedad, su sequedad, su parco hablar que se limitaba a contestar preguntas con monosílabos. Neme y Longe salían por la mañana de la casa para dirigirse por el camino de tierra, cruzando entre huertas y fincas de encinas y castaños, a la escuela en Haftarad. Longe le había puesto un nombre a



cada árbol del camino. Masculino a los castaños y femeninos a las encinas: Jorgito, Amapola, Fantasma, Mantequilla, Lolo, Coqueta, Tirabuzón, Perlita, Asustado. Longe decía:

—Pasearemos por estos caminos y disfrutaremos de los árboles hasta que seamos ancianos.

Longe había trepado muchas veces a cada una de sus copas. Su preferida era una encina centenaria gigantesca que se alzaba imponente sobre una loma. La llamaba Magnolia. Encaramada a la más alta de las ramas de Magnolia, le gustaba divisar cómo los coches se perdían en el horizonte por la carretera de Portugal y cómo las luces de la tarde se deslizaban por las casas del pueblo y la torre de la iglesia. Todos los días, al llegar a la escuela, las niñas corrían para rodear a Longe y admirar su extraño modo de vestir: una amplia camisola azul de raso sobre pantalones verdes. Armonía y Serenidad jamás compraron ropa confeccionada, solo telas de color azul cielo o verde vegetal o marrón tierra. Muy de vez en cuando adquirían alguna dorada, destinada a convertirse en prendas de celebración. Hacía años que Adelita cortaba y cosía todo el armario de la familia. En el pueblo le comentaban:

—Adelita, ¿cómo les haces esas camisolas, esos pantalones y esas túnicas tan estafalarias? Tú tienes mejor gusto.

A lo que solía responder la modista:

—Es lo que me piden.

Las niñas de la escuela rogaban a sus madres que compraran telas azules y verdes para encargarle a Adelita camisolas y pantalones como los de Longe.

—¡Es que son chulísimas, mamá!

Ninguna lo consiguió, hecho que acrecentó la admiración que le tenían a Longe; a su manera de vestir, a su

libertad, a su afición a subir a tejados y árboles, a su risa contagiosa, a su envolvente teatralidad cuando contaba cuentos sobre castaños encantados que ella misma inventaba. Una tarde, las niñas de la clase de Longe, al salir de la escuela, en vez de ir directamente a casa, quisieron acompañarla por



el camino de tierra. Cuando llegaron al pie de Magnolia, Longe subió hasta lo más alto de la copa con la rapidez de un gato. Desde arriba gritó:

—¡Miedica la que no sea capaz de subir ni a las ramas más bajas!

Antes del anochecer, don Manuel tuvo que vendar dos esguinces de tobillo y poner unguento antibiótico en varias rozaduras ensangrentadas. Luisa, la mujer del cartero, se pasó la noche abrazando a su hija, quien lloraba desconsolada:

—Mamá, no he sido capaz de subirme. Se han reído de mí, ¡no valgo para nada, soy una fracasada!

Diez madres se vieron obligadas a tirar la ropa que vistieron sus hijas ese día porque estaban rotas y manchadas de barro.

Poco tiempo después del incidente de Magnolia, las madres descubrieron extrañadas que las niñas de Haftarad solo querían comer vegetales.

—¿Vegetales?, pero si no los has querido nunca. ¡Con lo que te gustan las salchichas, las albóndigas y las hamburguesas!

—¡Pues Longe solo come vegetales!

Neme, en la escuela, pasaba los recreos solo. Se sentaba en un banco del patio y permanecía quieto, mirando al infinito. No se le conocía ningún amigo, nadie se le acercaba, excepto para burlarse.

—¡Neme, robot, muévete como Robocop! ¿No te da vergüenza vestir con esa camiseta y ese pantalón? ¿De qué es tu bocado?, ¿de lechuga?, ¡compártelo con los grillos!

Al salir, de vuelta a casa, esperaba con paciencia a que Longe subiera y bajara de los árboles que le apeteciera.

Don José Sebastián, el maestro, mandó llamar a Fabiola. La mujer entró en la casa, el maestro se encontraba ordenando su colección de orinales. En aquel hogar no existía un mueble, una vitrina, una repisa, una mesa, una estantería o un electrodoméstico sobre el que no descansara un bacín.



Por Navidad, al maestro no se le regalaban jamones ni chacinas ni dulces ni aguardientes. El presente que más agradecía era un orinal. Hacía veinticinco años que reunía su colección viajando por el mundo en busca de ellos. Los tenía de muchos países, de distintos materiales, antiguos y menos

antiguos, grandes, medianos, pequeños y tan minúsculos como los de casas de muñecas. A los habitantes de Haftarad cada vez les costaba más conseguir un agradecido detalle para don José Sebastián, porque, cercano ya el siglo XXI, cada año se hacía más difícil encontrarlos. En cuanto llegaba el mes de noviembre, las madres con hijos escolares peregrinaban de mercadillo en mercadillo hasta dar con uno. Siempre que Fabiola entraba en casa del maestro sentía asco y le daban arcadas. Tenía la sensación de que allí olía a pipí.

Don José Sebastián, cuando hablaba, estiraba su siempre trajeado cuerpo pequeño y ridículo, alzaba su bigotito irrisorio y elevaba el dedo índice de su mano derecha en señal de sabiduría y posesión de la verdad.

—La he llamado, Fabiola, para expresarle mi preocupación por la conducta de su sobrino Némesis. No habla más que para contestar preguntas. Se pasa toda la jornada solo, pero eso no parece importarle. No se implica en juegos ni actividades de grupo.

—Sí, sé que es muy raro, su madre también lo piensa. Dice que es porque nació en el primer minuto del día de los difuntos. ¿Usted cree que esa puede ser la razón?

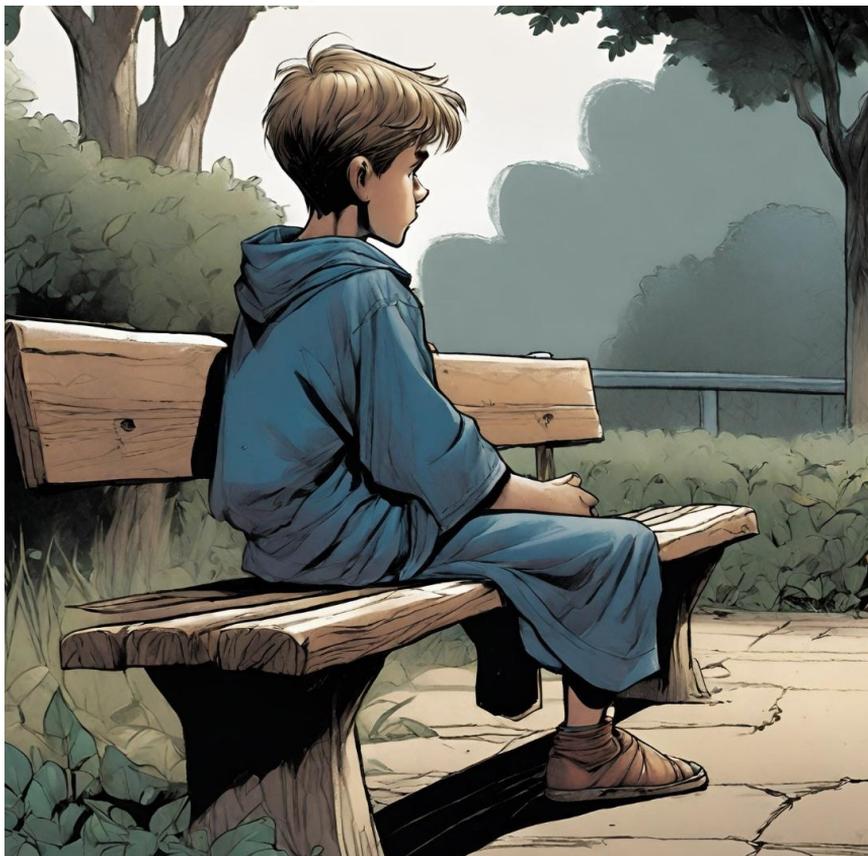
—Puede ser, puede ser.

—Y dígame, ¿su rendimiento académico es bueno?

—¡Brillantel!, y eso es lo que más me extraña, porque si fuera tonto, pues tendríamos al nuevo tonto del pueblo y aquí paz y después gloria, pero con esa inteligencia...

—¿Qué sugiere?

—Que lo analice un psiquiatra para que certifique, en caso de ser así, ausencia de maldad intrínseca. Tenga en cuenta que son varios los padres que se han mostrado preocupados por el comportamiento de Neme. Quieren estar tranquilos sabiendo que, en el fondo, el muchacho no es



peligroso.

—¿Ha hecho daño a algún compañero?

—Todavía no. Para ser más exacto, están preocupados por su no comportamiento, o sea, de la rareza de su carácter.

—Entiendo. ¿Por qué me ha llamado a mí y no a mi hermana, que es la madre de Neme?

—Comprenderá, Fabiola, que no me relacione con semejante chusma, salvando, por supuesto, la sangre que corre por las venas de su decente familia.

—Lo comprendo, lo comprendo. Se lo diré yo.

A Fabiola, en aquellos días, le dolían las rodillas porque se encontraba ejecutando su promesa número setenta y nueve. Las sufría para «rogar a Dios Todopoderoso» que recondujera a su hermana y la trajera de nuevo al seno de la Iglesia. Aquella penitencia consistía en recorrer de rodillas, todos los días durante un mes, los doscientos metros de cuesta que unían la puerta de la iglesia con la capilla del Ecce Homo, cerca del cementerio. Parecía una anciana, tenía las rodillas inflamadas y ensangrentadas, y aún le quedaban doce días de penitencia. Don Manuel la asustaba:

—¡Te van a tener que amputar las dos piernas! —Ni caso que le hacía.

Se tomó como una ofrenda más el suplicio de caminar sobre los pies, aunque sufrieran sus maltratadas rodillas, convertidas en carne viva; hasta la casa de su hermana para comentarle lo que don José Sebastián le había dicho sobre Neme.

—¿Un psiquiatra? El que debe consultar con un psiquiatra es él, que colecciona vasijas donde la gente ha miccionado.

—¿Miccionado?

—Sí, orinado, meado. —Fue la respuesta de Serenidad.



**El día en que Haftarad pintó, por primera vez, sus casas de negro**



El jueves 2 de noviembre de 1995, día de los difuntos, Neme regresó del colegio por el camino de tierra. El cielo, opaco de densas nubes ceniza, no acababa de romper en aguacero. Al

llegar a casa, entró sin necesidad de usar llave. La puerta del hogar de Armonía y Serenidad siempre estaba abierta para quien deseara guarecerse, alimentarse o aliviar un espíritu compungido. No tenía cerradura ni llave, solo un trancón que la fijaba por dentro en los días de viento o tormenta. No había nadie en la casa, Serenidad ayudaba a Alma en la huerta, donde verduras y hortalizas crecían libres de químicos artificiales. Armonía reconfortaba, a domicilio, un alma penosa que necesitaba saber si iba a aprobar las oposiciones o no. «Si no las voy a aprobar, ¿para qué esforzarme?». Pros, como de costumbre, ejercitaba su musculatura junto a su amigo Mario en un gimnasio improvisado en una nave abandonada a la salida de Haftarad, junto a la carretera. En ese momento, levantaba pesas caseras hechas con latas de pintura vacías rellenas de cemento.

Neme; después de soltar en su dormitorio la bolsa de piel de cabra, muerta por causas naturales, en la que portaba libros y cuadernos y de la que tanto se burlaban sus compañeros de clase; se dirigió a la fresquera, un hueco practicado en el muro más ancho de la casa, para servirse un vaso de bebida de avena y partir un trozo de pan que relleno con rodajas de remolacha deshidratada. Todas las tardes merendaba lo mismo, no sentía la necesidad de cambiar. Nada especial para celebrar su decimosegundo cumpleaños. Terminada la merienda, se sentó en el escritorio, compuesto por Armonía con la madera de un pino asesinado por el rayo,

a hacer los deberes y repasar lo explicado ese día en clase. Serenidad entró en casa después de haberse lavado con agua tibia del pozo la tierra adherida a brazos, manos y cara. Subió a la habitación de Neme, al verlo solo, preguntó:

—¿Dónde está Longe?



—Debajo de la encina Magnolia

—¿Por qué no viene?, ¿por qué no la has esperado?

—Porque no se puede mover.

—¿Cómo que no se puede mover?! —preguntó alarmada Serenidad.

—Se ha caído al suelo desde una rama.

—¿La has dejado allí?

—Sí, no se puede mover.

—¿Se ha doblado un tobillo, se ha hecho daño en una pierna?

—Se ha golpeado en la cabeza con una piedra.

—Pero, ¿está consciente, habla?

—No habla, tiene los ojos cerrados.

Un grito agudo se oyó en la comarca. Serenidad bajó los escalones de tres en tres, corrió enloquecida por el camino de tierra gritando. Licerio, un vecino hortelano de manos gigantes y redonda panza, al verla pasar preguntó:

—Serenidad, ¿qué ocurre?

—¡Longe, Longe, Longe! —vociferaba sin dejar de correr.

Licerio soltó el azadón, cruzó la reja abierta hecha con somieres oxidados y corrió detrás de Serenidad. Tomás, otro vecino, preguntó alarmado:

—¿Qué pasa?

—Llama a don Manuel, Longe se ha caído de la encina grande de la loma —gritó serenidad sin parar su atropellado correr. Imbuida de una extraordinaria fuerza de pies de liebre, dejó atrás a Licerio. Tras doblar un recodo del camino, vio a lo lejos, arriba en la loma, el cuerpo de su hija caído sobre la hierba. La visión le hizo alargar más la zancada cuesta arriba hasta alcanzar el pie de la encina. Longe estaba tumbada de lado, con la cara mirando al tronco del árbol.

Serenidad se arrodilló ante la espalda de la niña, la tomó del cuello y del hombro derecho, al darle la vuelta vio el rostro ensangrentado, amoratado, negro, inflamado, desfigurado. La zarandeó:

—¡Longe, Longe, hija, despierta, despierta!



Licerio, asfixiado, llegó al lugar. Al ver la cara de la niña se puso ambas manos en la cabeza, quedó paralizado, una expresión de horror e incredulidad se le había colgado del semblante. Serenidad, histérica, fuera de sí, abrazada a su hija, no paraba de aullar al cielo en un lamento desgarrador:

—¡Longeeeee, Longeeeee, Longeeeee!

Los pájaros volaron asustados en desbandada, el sol apagado de la tarde parecía escapar deprisa buscando el horizonte, los animales de las granjas se agitaban nerviosos ante los gritos inhumanos emitidos por una garganta inhumana. Tomás llegó corriendo. Impresionado por la escena, sufrió el ataque de varias arcadas que a punto estuvieron de vaciar su estómago. Cuando logró reponerse, dijo:

—Ya viene el médico.

Y Serenidad:

—¡Longeeeee, Longeeeee, Longeeeee!

El sonido del todoterreno de don Manuel sonó apagado por los lamentos de Serenidad. El médico y Tere saltaron del vehículo cuando aún no había parado su marcha. Tomás y Licerio consiguieron separar a Serenidad del cuerpo de su hija para que el médico pudiera realizar su labor. El tremendo golpe y el ya color macilento de la niña hacían presagiar lo peor y vaciaban de esperanza el ánimo de los presentes. El fonendoscopio confirmó el fallecimiento.

—Lo siento —dijo don Manuel bajando la mirada al suelo.

Tomás y Licerio contenían a Serenidad. La mujer, presa de un ataque de nervios, se arrancaba de raíz mechones de pelo a puñados, bramaba, se arañaba la cara hasta arrancarse sangrientos girones de piel. Fue necesario que el doctor le inyectara un potente calmante.

—El cuerpo no se puede mover hasta que no venga el juez y ordene el levantamiento del cadáver. Hay que dar parte a la Guardia Civil.

Tomás y Licerio quedaron custodiando el cuerpo bajo un cielo que se había tornado en negro. Tere montó en el



todoterreno abrazada, fundida en un solo cuerpo con Serenidad, quien lloraba y preguntaba al padre cielo:

—¿Por qué, por qué, por qué, por qué?

El auto, conducido por don Manuel, se perdió camino de Haftarad.

La autopsia certificó que Longe había muerto por un traumatismo craneoencefálico perfectamente compatible con una caída desde una altura de quince metros, la de la encina bajo la que se encontró el cadáver. Durante dos días, la Guardia Civil estuvo recabando de los vecinos del pueblo información sobre Neme porque la misma Serenidad había declarado ante la benemérita que Longe estaba con su hermano la tarde del accidente, e hizo hincapié en que no se fiaba de su hijo. El juez no consideró levantar diligencia alguna, por mucho que las sospechas fueran avivadas por la propia madre del muchacho.

Durante el velatorio, hizo un calor más propio de un mes de junio. La casa de Armonía y Serenidad se colmó de paisanos sudorosos que acudían a dar el pésame apenados por la muerte de una niña tan simpática y graciosa; curiosos por comprobar la tremenda desfiguración que, según se aseguraba en conversaciones de vecinas, presentaba el rostro de la difunta. Armonía se mantuvo en todo momento entero, pues «ser hijo de la luz imprime carácter». Serenidad, custodiada por Adelita y Tere, aguantaba gracias a los calmantes que le administraba don Manuel. Pros aprovechó la ocasión para flirtear con Desiré, una rubia teñida de caderas, muslos y pechos curvilíneos. Desiré utilizó el inesperado bochorno para exhibir su perfecto obliquo y un escote de profundo canal. Alma lloraba tanto que su rostro comenzó a esponjarse y desmoronarse como si fuera de cartón. Neme, de pie en un rincón, impasible, solo miraba por

la ventana. Los vecinos, decepcionados porque el ataúd permanecía cerrado y no podían ver el rostro de la niña muerta, se conformaron con murmurar:

—¿Has visto al niño?, parece como si no fuera su hermana.



—Ni se inmuta, ¡vamos!, parece que le da igual.

—Pues dicen que la muerte no está nada clara.

—La culpa la tiene la madre, no quiso llevarlo al psiquiatra cuando se lo dijo don José Sebastián.

Al entierro acudieron vecinos del pueblo y forasteros de la comarca, de las provincias de Huelva, Sevilla y Badajoz, e incluso de Portugal. Tantas personas que el furgón fúnebre y la comitiva que lo acompañaba se vieron obligados a parar su marcha al llegar al aparcamiento porque la carretera estaba atestada de condolentes. Por más que lo intentaba, entre visita y visita al retrete municipal, el Cohete no lograba abrir paso.

—¡Por favor, tengan ustedes respeto! —gritaba mientras mantenía la mano abierta sobre la funda de la pistola.

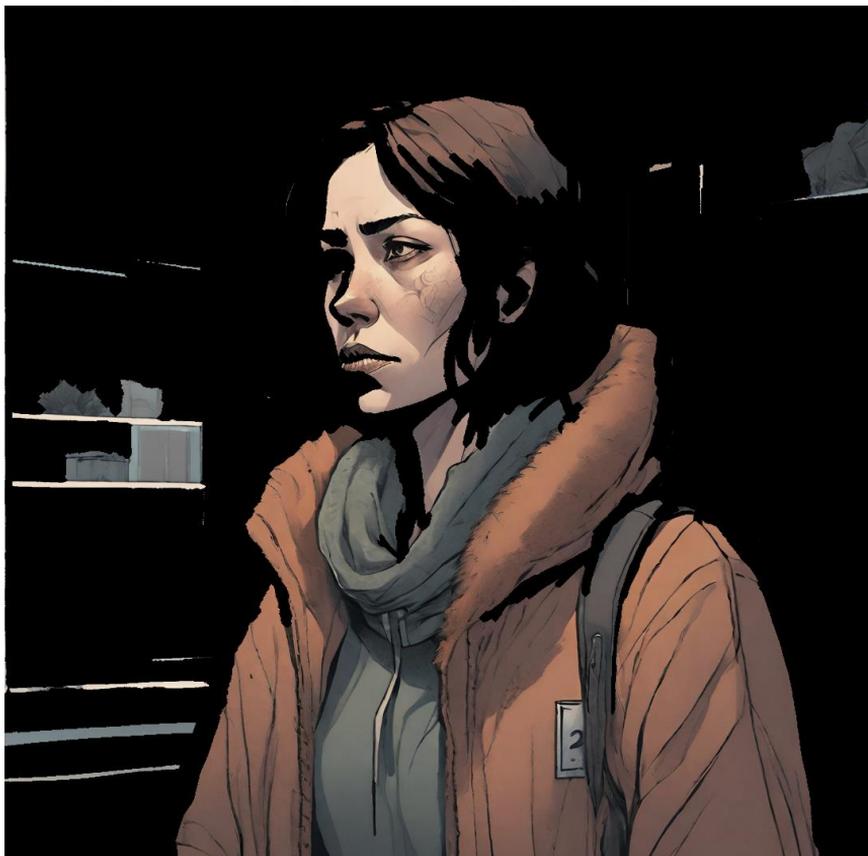
Fue preciso sacar el ataúd del furgón y elevarlo sobre las cabezas del gentío. El féretro, blanco con una estrella plateada fijada sobre la tapa, navegó sobre el mar de brazos carretera arriba hasta llegar a la fuente. Desde allí, subió por la calle Larga hasta la plaza de la iglesia para ascender después por la cuesta del Ecce Homo hasta alcanzar el cementerio. Una hora bajo un sol sofocante le costó al cohete abrir paso para que la familia Estupiñán Sabio alcanzara a pie el camposanto, la misma hora que tuvieron que esperar los enterradores, rodeados piel con piel por atribulados expectantes, para proceder con la inhumación. Tras sendas lipotimias sufridas por catorce asistentes, el nicho quedó sellado. Además del «no somos nadie», «la vida son tres días», «era un ángel, Dios la guarda en su seno» o «estar vivo es la única condición que se necesita para morirse», otras frases saltaron, por lo bajini, de boca en boca:

—¡Como si no fuera su hermana!

—¡Qué mala es la envidia!

—¡Los celos, hija, los celos!

Un mes después del entierro de Longe, de madrugada, Alma aporreó con sus puños la puerta del



supermercado Hidalguía. Ante la falta de respuesta siguió golpeando hasta hacer caer la corona navideña que ya adornaba el establecimiento. Se encendió una luz, el balcón principal del primer piso se abrió para que asomara el

enorme cuerpo de doña Francisca López, más conocida como la Paca, en camión cuajado de flores de lis.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —gritó la Paca.

—Abuela, se trata de Neme.

—No me llames abuela, yo no soy tu abuela. Me da igual lo que le ocurra a la casta del piojoso de tu padre. — Metió su corpachón dentro de la casa cruzándolo con el de Virgilio, quien asomaba al balcón.

—Alma, ¿qué ocurre?

—Abuelo, mis padres han echado a Neme de casa, se ha ido antes del amanecer.

—¿Que han echado a Neme?, si solo tiene doce años.

—Me da mucha pena, pero yo no puedo hacer nada.

—Voy enseguida.

Virgilio se vistió apresuradamente. Buscó las llaves de la furgoneta del supermercado Hidalguía, no las encontraba.

—¡No te llevas las llaves, las he escondido! —gritó enfurecida la Paca.

—Entonces, me voy andando.

—¡De aquí no se sale! —La mujer taponó con su cuerpo gigante la puerta de salida a la calle.

—Si no me dejas pasar, llamo a la Guardia Civil.

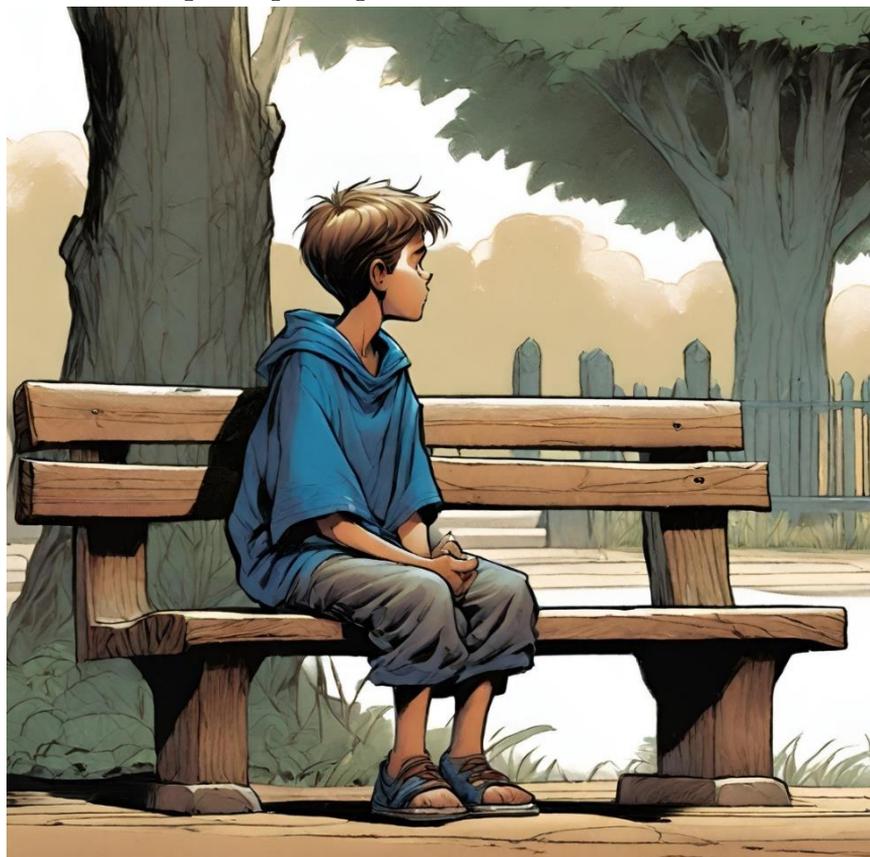
La Paca sabía que su marido era capaz de llamar a la autoridad. Comprendió que una persona de su «linaje» no podía verse envuelta en escándalos propios de «gente corralera». Se apartó para dejar paso.

—Si te juntas con esa chusma, aquí no vuelvas.

—Volveré, esta es mi casa.

—Pues olvídate de tocarme con esas manos ensuciadas.

Virgilio hizo un gesto de hartazgo y salió a la calle. Trotando lo poco que le permitían sus años, tomó el camino



de tierra para dirigirse a la casa de su hija. La mañana era muy fría, la escarcha empapaba sus botas. A medio camino, al llegar a la encina de la loma, vio a Neme sentado sobre un banco de madera cerca del lugar donde Longe cayó muerta. Apresuró el paso hasta llegar hasta él.

- Neme, hijo, ¿qué ha ocurrido?
- Papá y mamá me han echado de casa.
- ¿Por qué?, ¿qué has hecho?
- Nada.
- ¿Entonces?
- Dicen que soy la encarnación del mal.
- Tus padres están locos. ¿No tienes frío?
- Yo nunca tengo frío.
- Ven, acompáñame.

Virgilio cogió la maleta, siguió andando por el camino de tierra, Neme acompañaba a su abuelo. Al llegar a la casa, Virgilio empujó la puerta sin cerradura, dentro encontró a Armonía, a Serenidad y a Alma, quien lloraba sentada en una esquina del salón. Pros estaba acostado.

— ¿Podéis decirme qué ocurre con este niño? — preguntó Virgilio mientras echaba su brazo derecho sobre los hombros de Neme.

— Papá, ¡qué alegría! Te damos la bienvenida a esta humilde y acogedora casa bendecida por los dones que la sagrada naturaleza nos proporciona — dijo Serenidad sonriendo, cruzando ambas manos sobre su pecho y bajando la cabeza en señal de respeto.

— Déjate de gilipolleces, ¿qué ha ocurrido con Neme? Armonía contestó a la pregunta de Virgilio:

— Nunca quisimos aceptar una realidad que sospechábamos desde el mismo día de su nacimiento, justo cuando comenzaba el día de los difuntos. Hemos vivido doce

años con una venda sobre nuestros ojos. Una venda que se ha caído después de la muerte de nuestra queridísima Longe en el mismo día del año en que él nació. He consultado con las cartas del Tarot, con los astros, con la madre tierra y el padre cielo. He realizado viajes al pasado más reciente para tener



conocimiento de lo que ocurrió, y he contactado con mi hija difunta. La verdad me indica que Neme no es un ser de luz, sino de maldad. El cielo me aconseja que lo aleje de mi casa de paz si quiero preservar la armonía y la salud en mi familia. La sagrada naturaleza me lo exige, debo obedecer. Si lo

hubiera hecho antes, mi hija estaría ahora viva. El dolor por su pérdida es la penitencia que debemos pagar eternamente por nuestra humana ceguera.

—Así se haga la voluntad de la madre naturaleza — dijo Serenidad.

—Eso son estupideces. ¡Estáis locos de atar! Una estancia en el psiquiátrico no os vendría mal.

—No hay marcha atrás, no podemos caer en el mismo error —sentenció Armonía.

—Os podría denunciar, pero no lo haré porque creo que el mayor servicio, la mejor ayuda que puedo brindar a mi nieto, es sacarlo de la sinrazón de esta familia.

Virgilio volvió a coger la maleta y salió al exterior de la casa llevando a Neme cogido por el hombro.

En el balcón de la vivienda, justo encima del supermercado, la Paca iba y venía de un lado al otro sin apartar su mirada del lugar por donde debería aparecer Virgilio. Cuando vio emerger el cabello cano de su marido por la subida desde la carretera nacional y comprobó que Neme caminaba a su lado, combustionó en una llama de ira roja que le congestionaba el cuello y la cara. Gritó:

—Ni se te ocurra, aquí no entra semejante ser, y menos para vivir con nosotros. Antes me ahorco.

Virgilio esperó a acercarse a la casa. Cuando se encontraba bajo el balcón, dijo serenamente:

—Esta también es mi casa, no va a vivir contigo, va a vivir conmigo. Si no abres, llamo a la Guardia Civil.

La frase mágica funcionó una vez más. Neme se quedó a vivir con el abuelo Virgilio, quien lo acogió con todo el cariño. La Paca jamás le dirigía la palabra a su nieto porque huía del lugar de la casa en la que lo encontrara. Comía cuando el niño no estaba en casa y procuraba no cruzarse con



él. También dejó de dormir con su marido, no quería que la tocara con «esas manos». A Fabiola, en cambio, cuando supo que Neme se quedaba a vivir, se le iluminó en un fulgor dorado el crucifijo que colgaba de su pecho de tal manera que hasta el Cristo parecía sonreír. Tomó a Neme de la mano y lo

llevó galopando por la calle Larga arriba hasta llegar a la iglesia.

—Don Luis, lo bautiza usted ahora mismo.

—¿Ahora?

—Sin esperar un minuto. ¡Andando! Mis penitencias han dado su fruto.

—¿Qué nombre le ponemos? —preguntó don Luis.

—El del santo de hoy, 19 de diciembre, San Nemesio Mártir, quien fue acusado injustamente de ladrón.

—Yo te bautizo, Nemesio, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El agua cayó desde la concha de plata para empapar los cabellos de Neme, a quien le daba igual que lo hubieran bautizado y le hubieran cambiado el nombre. Por la tarde, Fabiola llevó a su sobrino en la furgoneta del supermercado Hidalguía hasta Aracena, donde le cortó el pelo en la peluquería de caballeros Stilos y le compró ropa «como Dios manda».

## De lo que ocurrió para que el abuelo Virgilio decidiera marcharse



Después de las vacaciones de Navidad, Neme se incorporó a su clase de séptimo de E.G.B. Seguía encontrándose solo, más que nunca, porque ni sus padres ni Pros le hablaban si se

cruzaban con él por la calle. Cuando Alma se topaba con el muchacho, quedaba quieta, sin saber qué hacer, deseando abrazarlo; pero comenzaba a gimotear, se daba la vuelta y salía corriendo. Sus iguales lo despreciaban y se burlaban escribiendo en los muros blancos de cal alusiones a «Neme el maligno». Los parroquianos de Haftarad aceleraban el paso para huir cuando lo veían por la calle. Para la abuela Francisca no existía. Fabiola, por la tarde, se sentaba con él a estudiar. Se había autoimpuesto la obligación ineludible de guiar a su sobrino por los rectos caminos de Dios, así le demostraría de una manera indiscutible a Serenidad lo equivocada que estaba. El abuelo Virgilio lo llevaba a pasear por el camino de los castaños encantados, y siempre que jugaba al ajedrez con don Manuel, Neme estaba presente, pues el médico opinaba que era un niño muy inteligente. Solo un año después de que le enseñaran el movimiento de las piezas, ya era capaz de ganar partidas al abuelo y al doctor.

En abril de 1996, un Mercedes biplaza SL 500 rojo descapotable aparcó en la plaza de la fuente junto al hostel restaurante Los Monteros. Del auto bajó un caballero alto que rondaba los cuarenta años. Vestía un terno gris perla y camisa blanca con corbata color calabaza. Del bolsillo corazón de su chaqueta asomaba haciendo pico un pañuelo. Luisa, la de Ramón, y Lola, la del beato, quedaron convertidas en estatuas de sal contemplando el Adonis de piel morena e intensos ojos azules; los bidones de plástico que llenaban en

la fuente rebosaban sin que sus dueñas pudieran reaccionar. El caballero entró en el hostel restaurante.

Carmelita, al verlo, también quedó hipnotizada. La caña de cerveza que estaba sirviendo colmó y chorreó sobre el vaso en cascada de espuma. Sin duda, aquel hombre hacía



derramarse a las mujeres. Arcadio también quedó deslumbrado por el Rolex de oro que el forastero lucía en la muñeca, por el anillo de rubí de su dedo anular y por los gemelos de lapislázuli. Corrió para acomodar al caballero en la mejor mesa, junto al ventanal, con vistas a la plaza.

— ¿Qué va a tomar el caballero?

— ¿Cuál es la especialidad de la casa?

— Las carnes de cerdo ibérico o de ganado retinto a la brasa y los guisos de venado. También tengo unas gambas de Huelva excepcionales que me llegan frescas todas las mañanas. ¿Le traigo la carta?

— Sí, por favor.

Tras ojear la carta, el hombre pidió una ración de jamón cinco jotas y otra de gambas, solomillo de retinto con guarnición de gurumelos y chalotas, y copa de nueces con nata con gotas de caramelo casero para rematar la faena. De beber: Viña Ardanza del 82. En la cartera de Arcadio sonaron trompetas celestiales, le había pedido lo más caro que se servía en su restaurante. Cuando el forastero acabó de almorzar:

— ¿Ha estado todo del gusto del caballero?

— Exquisito, tengo que felicitarlo, y se lo dice alguien que ha probado los mejores restaurantes del mundo.

— Muchísimas gracias.

— Me presento, soy Ricardo Federico de la Lastra Falcó y Borbón Parma, marqués de Aguamarina, duque de Oropesa, pero me gusta que me llamen Richard. Encantado de conocerle. — Tendió la mano, Arcadio la estrechó.

— Arcadio Gutiérrez, para servirle.

— Quería preguntarle, señor Gutiérrez, si dispone de alguna habitación para alquilar en la que pudiera pasar la

noche, pues quiero ofrecer hoy y mañana mis servicios en este pueblo.

—¿A qué se dedica su excelencia? Perdón, ¿tal vez sea vucencia su trato?, disculpe mi ignorancia.

—Solo Richard, señor Gutiérrez, por favor. Soy



genealogista.

—¿Y eso qué es?

—Pocos son los hombres inmunes al orgullo más o menos inocente de su genealogía. La genealogía es la ciencia de encontrar antepasados nobles en personas que creen que

no los tienen. Mi labor resulta en extremo importante porque los árboles genealógicos representan un capítulo importante de la enciclopedia inédita de cada familia. Príncipes y nobles, llego hasta ellos y sigo remontándome a lo largo de ciento veinte generaciones hasta llegar a Adán. Sin duda, la Biblia afirma que todos descendemos de Adán, pero pocos son los mortales comunes que pueden permitirse probar las diversas etapas de esta línea genealógica. Yo lo consigo y lo certifico, pues tengo acceso a antiquísimos, completos y secretos árboles genealógicos de mil familias nobles y reales de Europa.

—Y si hay personas que desciende de la nobleza, ¿por qué no lo saben? —preguntó, fascinado, Arcadio.

—Porque existe una solución de continuidad oculta e inexplorada, pues el adulterio no era de ningún modo raro entre la realeza y la nobleza. Las personas, en su anhelo de hallar antecesores ilustres, no se oponen a que el vínculo sea fruto del amor adúltero o del nacimiento de bastardos, y es que la sangre real a nadie ensucia, ¿verdad?

—¡Verdad, verdad!

—Y dígame, señor Gutiérrez, ¿cree que hay alguien en el pueblo que pudiera estar interesado en mis servicios?

—Alguno o alguna sí que hay, se lo aseguro.

—Si fuera tan amable de proporcionarme nombres y direcciones, se lo agradecería añadiendo una generosa propina al pago del suculento almuerzo que acabo de disfrutar.

—Ahora mismo, apunte.

Richard visitó en primer lugar a don Torcuato, el alcalde, quien, después de dar un sonoro taconazo, ponerse firme y saludar a la manera militar, se mostró muy interesado:



—Me alegro de que haya venido su majestad a nuestro pueblo. Siempre he estado convencido de provenir de alta cuna.

En el salón de la casa, le enseñó a Richard los enormes retratos de Alfonso XII, Franco y Juan Carlos I, también los

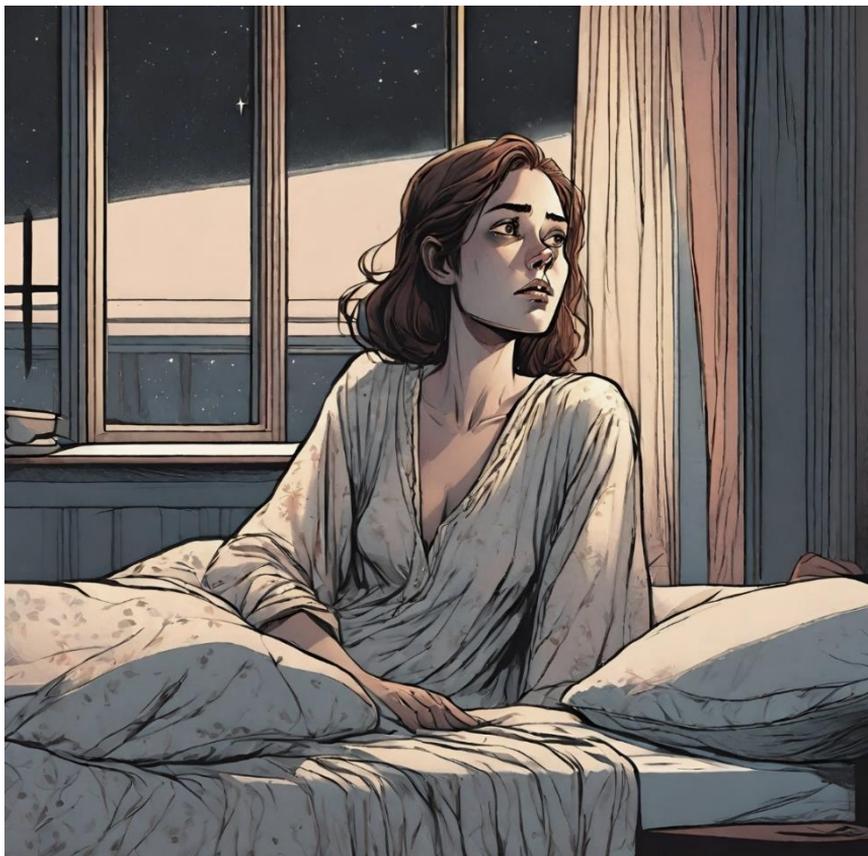
de Manuel Fraga y José María Aznar. Por aquel entonces ya había descolgado y tirado a la basura el de Adolfo Suárez, cuyo marco le sirvió de leña para encender la chimenea. Pagó las primeras cien mil pesetas necesarias para que el conde comenzara sus investigaciones. También las pagó don José Sebastián, pues un orinal muy antiguo que según le aseguraron en París cuando lo compró fue utilizado por Luis XIV, tenía inscritas las letras J y S. Quien más entusiasmo e ilusión mostró fue doña Francisca. Para recibir a Richard, sacó el juego de café de porcelana estampada con pequeñas flores de lis en color azul, y cubiertos de plata para degustar una tarta que había encargado en el obrador de Juan Ramón. Después de cobrar las cien mil pesetas, Richard extendió un recibí por dicha cantidad en el que se especificaban los servicios que la Paca contrataba.

— ¿Sabe los nombres y apellidos de sus antepasados?  
— preguntó Richard.

La Paca conocía los de sus cuatro abuelos, pero ahí se quedaba, ni siquiera sabía el de un solo bisabuelo. Lo mismo había ocurrido antes con don José Sebastián y don Torcuato.

Por la noche, en el hostel, cuando las luces se habían apagado, Magdalena, la hija de Arcadio y Carmelita, salió de su habitación en camisón para dirigirse a la de Richard. Tocó con los nudillos, la puerta se abrió, la muchacha entró para meterse en la cama del hombre. Magdalena disfrutaba entonces de veintitrés años entraditos en carnes, pero con curvas y forma de mujer. Los hombres del pueblo decían que

estaba buena «para reventar», las mujeres que «estaba más caliente que el palo de un churrero» y que se había pasado «por el arco del triunfo» a la mitad de los hombres de la comarca. Carmelita, desde su colchón detrás de la barra, y Arcadio desde su habitación, escucharon primero los pasos



de su hija dirigiéndose a la habitación de Richard, después los gemidos de placer con los que la muchacha rompía el silencioso descanso del hostel.

A la mañana siguiente, Arcadio preparó un succulento desayuno con su mejor aceite de Baena y jamón ibérico cinco

jotas sobre un pan único. Aunque estaba cansado porque se había pasado la noche rezando a Santa Ana y a San Gerardo para que el marqués dejara embarazada a su hija, se levantó temprano para amasar y hornear la hogaza. Richard, después de disfrutar de los alimentos con el que su anfitrión lo agasajaba, montó en su Mercedes descapotable y puso rumbo a Madrid dejando tras de sí una estela de suspiros femeninos.

En el pueblo se rumoreaba, e incluso se apostaba, que el marqués no volvería, que había estafado y se había reído de «los tres tontos». Llegó el mes de mayo, «calma, es muy pronto». En junio, alguno, cuando compraba en el supermercado Hidalguía, ya sonreía maliciosamente ante doña Francisca mientras esta le servía un cuarto de nabos. En julio, los interesados comenzaron a sentir una moderada preocupación, aunque atenuada porque siempre que llamaban a Richard por teléfono, incluso a un móvil, siempre contactaban con él y les daba explicaciones de la marcha de los trabajos. En agosto, un cachondeo general brillaba en los ojos y las muecas socarronas de los paisanos. En septiembre, las burlas se desvistieron de prudencia para convertirse en escarnio descarado y directo. A primeros de octubre, el Mercedes de Richard subió la carretera hasta alcanzar la plaza. El marqués, como siempre impresionante, puso pie sobre el adoquinado de Haftarad. En su cartera portaba árboles genealógicos certificados.

Resultó que don Torcuato era descendiente directo de Napoleón, y más allá, de Adán. El alcalde compró inmediatamente una lámina del emperador cruzando los Alpes a lomos de un caballo blanco, obra pictórica de Jacques Louis David. Y otra lámina de Adán, del insigne y magno



Durero. De Eva no, pues, aunque no dejaba de ser su abuela, no merecía semejante honor por su «execrable comportamiento pecaminoso».

Don José Sebastián era descendiente del rey Salomón, y, por supuesto, de Adán.

—Dedicaré el resto de mi vida a encontrar el orinal de mi antepasado, el rey Salomón.

Desde que conoció su parentesco con semejante sabio, don José Sebastián, cuando hablaba, erguía aún más su cuerpecito, su bigotito y su dedo índice como muestra de plena y absoluta sapiencia.

—Como el rey Salomón, seré magnánimo y comprensivo con quienes se han burlado de mi procedencia. Ellos no tienen la culpa de su propia ignorancia.

Doña Francisca era descendiente de un hijo bastardo de Fernando VII, y de Adán. Ese hijo bastardo era su tatarabuelo.

—¡Soy Borbón, prima tuya, Richard, mi querido pariente, y de Juan Carlos I! —exclamó la Paca mirando al cielo.

—Sí, prima, sí, así es —contestó Richard.

—¿Dónde te hospedas, primo?

—En Los Monteros.

—De eso nada, esta es tu casa, te quedas aquí. Inmediatamente mando a limpiar y preparar una habitación que esté a la altura de tu nobleza.

—¿A quién le vas a encargar la limpieza? —Preguntó Richard.

—A Maribel, la del tuerto, ¿por qué?

—¿Podrías cambiarla por Magdalena, la hija de Arcadio?

—Sí, claro —respondió la Paca, quien no entendía ese repentino empeño.

Virgilio trabajaba su huerta, en las afueras de Haftarad. En ella poseía una vivienda, aunque casi nunca se quedaba allí a dormir, la utilizaba más para guardar



utensilios y aperos de labranza. Al atardecer, como cada día, volvió a casa, donde se encontró la muy desagradable sorpresa de que el «payaso» de Richard se había instalado en su hogar por iniciativa de «la loca delirante de mi mujer».

—¿Hasta cuándo se queda el fanteche?

—Hasta cuando quiera, es mi primo, está en su casa.

—¿Tu primo?

—Quiero que sepas que desde hoy me llamo Francisca López Gómez y Borbón.

—Tú estás loca, todo eso son estupideces. Te han estafado cien mil pesetas. Te lo dije, pero no escuchas a nadie, y menos a mí.

—No me han estafado, mira el certificado. —Virgilio no miró el diploma colorido en azul pavo y pergamino, escrito con letras doradas. La Paca prosiguió:

—Si te han parecido mucho cien mil pesetas, reza, porque ahora necesitaré muchísimo más para alternar con personas de mi alcurnia.

—¡Yo no puedo ver esto!, y ya que no te puedo ingresar en el psiquiátrico, me iré yo. No viviré aquí mientras el mamarracho ese esté presente.

—Como quieras, ¿dónde vas a ir?

—A la casa de la huerta. La adecentaré.

—Podías llevarte al piojoso de Neme. No es digno de vivir entre Borbones.

Virgilio miró a su mujer de arriba abajo con un desprecio que resbalaba hasta el suelo, se dio media vuelta y escapó del salón. Antes de salir de la casa, le dijo a Neme:

—Puedes visitarme en la huerta cuando quieras.

—Sí —contestó Neme.

—Obedece a tu tía Fabiola, ya ves que se porta muy bien contigo.

—Sí.

—Y no hagas caso, para nada, ni de tu abuela ni del chuflo ese de Richard.

—Vale.



## Donde el sorprendido lector sabrá de la existencia de increíbles vides de oro



La vuelta de Richard al pueblo ocasionó una serie de tiranteces entre los habitantes. La Paca recriminó muy seriamente a don Torcuato el que su antepasado, Napoleón, hubiera encarcelado en Francia al suyo, Fernando VII.

—Y es que eso, don Torcuato, no se hace. Y menos invadir nuestra patria.

Los ánimos se exaltaron tanto que Pros y Mario, su compañero de músculos, a la salida de misa, agarraron a don Torcuato por la solapa y lo zarandearon fuertemente.

—¡Invasor de mierda, devuelve las obras de arte que le robaste al pueblo español!

Pros y Mario fueron detenidos por el Cohete, quien los tuvo dos días arrestados en su propia casa. En esos dos días, los jóvenes arrasaron con todas las cervezas y la comida existentes en la nevera del policía municipal. Don Torcuato, a su vez, se vengaba de cualquiera que se hubiera reído de él durante la ausencia de Richard negándole cualquier menester que el burlador necesitara del ayuntamiento. Don José Sebastián se ensañaba poniendo interminables deberes a los alumnos cuyos padres hubieran puesto alguna vez en duda sus incuestionables conocimientos. Las mujeres dejaron de entrar en el hostel restaurante Los Monteros porque Magdalena, cada día que pasaba, «es más puta».

El otoño fue calmando ánimos. Virgilio no había vuelto a su casa, la Paca encargó para enmarcar láminas de todos los reyes borbones españoles. Magdalena «limpiaba» tres veces en semana la habitación de Richard, quien se paseaba en calzoncillos y camiseta de tirantas por la casa, circunstancia que provocaba en Fabiola intensos sofocos que le subían desde su centro, se enrollaban en sus pequeños senos y se evaporaban sin conocer consuelo. Entonces corría

a su habitación, apretaba el cilicio contra su muslo, se arrodillaba y rezaba el Rosario. Entonces seguía dedicada por entero en hacer de Neme un hombre estudioso, de bien, digno siervo de Dios.

Poco antes de Navidad, Richard hablo con la Paca:



—Querida prima. Creo que ha llegado el momento de que goces de un privilegio reservado a nuestra familia.

—¿De qué privilegio se trata?

—Del derecho a comprar semillas de vid de oro.

—No te entiendo, no había oído antes hablar de ello  
—respondió la Paca poniendo ojos de búho.

—De todo el mundo es sabido que en la tierra se encuentra oro en estado blando, semilíquido, imposible de extraer. Ciertas plantas, especialmente la vid áurea, hunden sus raíces en este oro blando y líquido, y absorben el precioso metal de modo que el oro se eleva por las ramas, pasa a las hojas y aun al fruto formando pepitas. En España hay muchas de estas vides bebedoras de oro, pero todas pertenecen a la familia Borbón, pues, como ya te he aclarado, es un privilegio reservado a nuestra sangre. Nadie que no pertenezca a nuestra familia puede adquirir semillas de vid áurea. Yo mismo poseo en la provincia de Toledo varias hectáreas plantadas. En septiembre, tras la vendimia, mis uvas no se destinan al consumo humano ni a la fabricación de vino. Se abren uva a uva para extraer las pepitas de oro y las maravillosas semillas, lo que me hace inmensamente rico. Tu árbol genealógico certificado es suficiente documento para que te sea permitido adquirir este tipo de semillas. Yo mismo te las puedo vender.

—¿Y si en esta tierra no hay ese oro blando que dices?

—En todas las tierras se encuentra ese oro. Es cierto que unas son más ricas que otras, eso no te lo voy a negar, pero hasta la más pobre hace rico a su amo. No se conoce ningún caso que esta especie de vid no haya formado pepitas de oro en su interior.

—¿Cuánto cuestan las semillas?

—Puedes imaginar que son extraordinariamente caras. No compras semillas, inviertes en tu futura riqueza. Cincuenta semillas de vid áurea cuestan un millón de pesetas.

—Es muchísimo dinero.



—Sí, sin duda. Claro está, querida prima, que se trata de un privilegio, no de una exigencia. No estás obligada en absoluto.

—Déjame que lo piense, primo.

La Paca pasó toda la tarde dando vueltas a la cabeza, hasta que, en un alarde de inusitada valentía, vio la luz. Durante la cena, a base de buenas viandas como exigía su estatus, le dijo a Richard:

—Un miembro de la familia Borbón no debe seguir sirviendo patatas en un supermercado. Yo poseo media hectárea de terreno en el camino de las huertas, ¿cuántas semillas harían falta para sembrarla?

—Con mil bastará.

—Y eso es...

—Veinte millones de pesetas. No te arrepentirás, dentro de dos años, cuando den fruto, podrás vivir como merece tu rango.

—Afortunadamente los tengo ahorrados. Mi marido no querrá ni oír hablar de ello, no permitirá sembrarlas o plantarlas, tendré que contratar a hombres que lo hagan. Me quedaré sin dinero, pero cuando den frutos, seré rica y, además, venderé el supermercado a una persona de más baja alcurnia que la mía.

—Esta misma semana viajaré a mis tierras para traerte las semillas. Esto hay que celebrarlo.

—Mañana te invito a comer en el restaurante, primo.

—Encantado, prima.

En la primavera de 1997, la Paca mandó preparar las semillas de vid áurea que le había comprado a Richard para ser sembradas primero y plantadas después. Se había quedado sin dinero, razón por la que pidió un préstamo para

comprar ropa y joyas que hicieran honor a su apellido, incluida una pequeña corona fabricada en plata con incrustaciones de perlas. Se paseaba a menudo junto a Richard en el Mercedes descapotable, cuya gasolina pagaba ella, saludando con la mano para que «el pueblo tenga la



oportunidad de demostrarme su cariño». En el supermercado, cuando le compraban verduras o un cuarto de mortadela o un trozo de bacalao en salazón, las vecinas le decían con sarcasmo:

—Doña Francisca, ¿le importa a su majestad despacharme medio kilo de cebollas?

Ella se lo tomaba con naturalidad, pues lejos de notar el tono de socarrona burla, estaba convencida de que se dirigían a ella con el debido tratamiento.

—Majestad, yo creo que las vides de oro es un cuento, una estafa. Se lo comento porque la aprecio y me dolería verla sufrir.

A lo que la Paca contestaba:

—Si fuera una estafa, no seguiría el Marqués en mi casa, se habría ido.

—Sí, sí. Todas sabemos que duerme y come en su casa, y que Magdalena le «limpia» la habitación varias veces en semana.

## Acerca del gusto del vecindario por mofarse de las desgracias ajenas



En el verano de 1999, la cosecha estaba a punto de germinar, por fin, su fruto. La Paca puso guardianes de absoluta confianza que le costaron muchísimo dinero para que vigilaran de noche. No podía desaparecer ni una sola

incipiente uva. Richard viajó a Madrid para despachar unos asuntos con el rey. En septiembre, aún no había vuelto.

—¡Qué raro! No lo localizo en ningún teléfono y no coge el móvil. ¿Le habrá pasado algo?

Llegó el ansiado momento. Un ejército de guardianes vigilaba a los vendimiadores. Mediante furgón blindado, contratado a una empresa de seguridad, se transportaron los primeros doscientos kilos de uva hasta una nave alquilada. La paca, ataviada con un vestido de raso y con la tiara de plata sobre su cabeza, dijo solemne ante Fabiola, el personal contratado para abrir las uvas, los vigilantes y los dos guardias de seguridad que habían escoltado el fruto:

—Señores, este es el momento más importante de mi vida. Hoy alcanzo el nivel económico que mi nobleza exige. Procedo a abrir las primeras uvas de oro. Comienza la ceremonia de inauguración del proceso de recogida de pepitas.

Emocionada, alargó su mano derecha para que Fabiola le pasara un cuchillo de oro encargado en Sevilla a un reputado orfebre. Tomó la primera uva; hermosa, de un bello color dorado; entre los dedos índice y pulgar de su mano izquierda, la colocó sobre una tabla de cocina, cortó la uva por la mitad. Buscó dentro del fruto.

—Esta no tiene oro. Es normal que no lo encuentre justo en la primera.

Cortó la segunda uva, la tercera, la cuarta...

—¡Vaya!, parece que se resiste, será que este racimo no es bueno.

Tomó otro racimo. Continuó cortando, nada. Nerviosa, temblorosa, no atinaba a seguir abriendo uvas. Dio la orden de comenzar. Cincuenta hombres, vigilados muy de



cerca por los ojos de otros cincuenta vigilantes, comenzaron la labor. Aquellos primeros kilos fueron seccionados, uva a uva, en menos de dos horas. No apareció ni una sola pepita de oro. La Paca palideció, cayó al suelo, comenzó a convulsionar a la vez que otros furgones blindados cargados

de uvas llegaban hasta la puerta de la nave. Don Manuel fue avisado de urgencia, ordenó su inmediato traslado al hospital en ambulancia.

Quince días después, acompañada de Virgilio y de Fabiola, la Paca volvió a casa. Interpuso denuncia contra Richard en la Guardia Civil. Después de una primera y somera investigación, se confirmó que no existía nadie con el nombre de Ricardo Federico de la Lastra Falcó y Borbón Parma, marqués de Aguamarina, duque de Oropesa. En la pantalla de un ordenador, «mediante una cosa que decían los guardias que se llamaba Internet», la Paca logró reconocer la fotografía de Richard. Aparecía en la base de datos de la Guardia Civil como un conocido y buscado estafador llamado Juan García Torrejón, alias el Guapo.

No se sabe cómo, antes de que la Paca y Virgilio volvieran de Aracena de interponer la denuncia, en Haftarad ya se conocía hasta el nombre del estafador. Las primeras burlas se cebaron con don Torcuato y don José Sebastián. Don Torcuato descolgó del salón de su casa los retratos de Napoleón y de Adán, don José Sebastián desistió de viajar a oriente medio para buscar el orinal del rey Salomón. El escarnio más directo, indisimulado, generalizado y cruel lo sufrió la Paca, pues casi todos los habitantes del pueblo corrieron a por sus hachas para hacer leña de la mujer caída. Se metió en cama deprimida, atormentada por su estupidez, las burlas y la ruina de muchos millones de pesetas con la que había rehipotecado su casa y su negocio para comprar

las semillas, pagar al numeroso personal, contratar los servicios de la empresa de seguridad y alquilar la nave.

—No se preocupe su majestad. Pronto, con la entrada del euro, verá que la cifra de dinero que debe es mucho menor —gritaban desde la plaza para que la gracieta se



colara por el balcón abierto y alcanzara sus avergonzados oídos.

—Ha llamado el rey para interesarse por ti. Dice que mañana viene a verte.

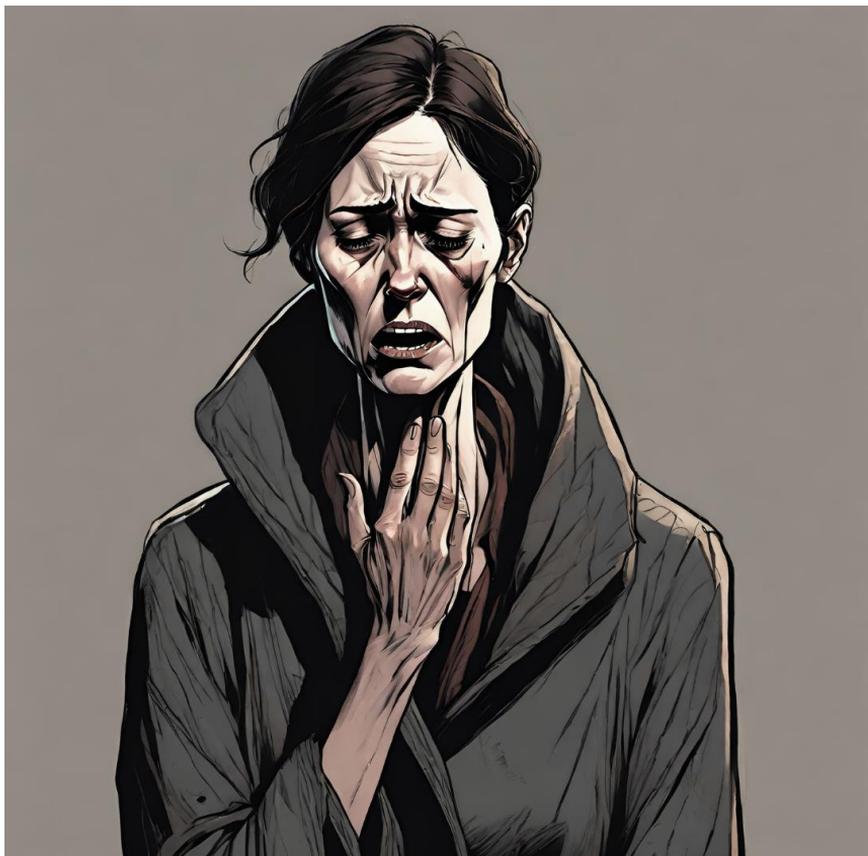
—¿El coño de sangre azul también te lo ha certificado el marqués?, ¿le ha puesto el sello en forma de carajo?, ¿te lo ha firmado con tinta blanca?

Una noche de noviembre, cuando Fabiola ya había cerrado el supermercado Hidalguía, Neme bajó al almacén porque necesitaba un cuaderno nuevo para hacer un trabajo de tercero de B.U.P. Al encender la luz, vio que su abuela, la Paca, colgaba por el cuello de una soga amarrada a una viga del techo. La soga aún oscilaba en un pendular macabro, la abuela dio una última patada refleja, tenía el rostro amoratado, los ojos semicerrados y le asomaba la lengua hacia la comisura izquierda. Neme cogió un cuaderno y un bolígrafo de la zona de papelería, apagó la luz, cerró la puerta del almacén y subió a su habitación para comenzar el trabajo de literatura. Estuvo escribiendo dos horas, copiando de una de las enciclopedias del abuelo Virgilio. Cuando acabó, cogió del frigorífico un emparedado de lechuga, tomate y queso. Lo tomó, sentado en la mesa de la cocina, junto con un vaso de leche. Después se fue a la cama.

De madrugada, un grito aterrador despertó a todo el pueblo de Haftarad. Fabiola, una de las veces que se había levantado a orinar, fue a la habitación de su madre para ver si se encontraba bien. Al no verla en la cama, la buscó por la casa, después bajó al supermercado y, por fin, abrió la puerta del almacén. Fue entonces, al encontrarse a su madre colgada, cuando lanzó el espeluznante grito que pudo escucharse en Portugal. Virgilio bajó corriendo, intentó

descolgar a su mujer, no podía, pesaba demasiado. Fabiola, en shock, deambulaba como un fantasma incrédulo, con los ojos perdidos en sus impresionados pensamientos. Virgilio llamó gritando desesperado:

—¡Neme, Neme!, baja al almacén.



Un grupo de vecinos llamaba a la puerta. Fabiola, temblorosa, logró meter la llave en la cerradura y abrir. Los paisanos corrieron hacia donde la mujer señalaba y ayudaron a Virgilio a descolgar a la Paca. Neme bajó en ese momento.

Fabiola se abrazó a Neme.

— Neme, la abuela ha muerto.

— Ya lo sabía.

— ¿Ya lo sabías?

— Sí.

— ¿Por qué lo sabías?

— Porque anoche, a las once, bajé al almacén a por un cuaderno y la vi colgada.

Fabiola soltó a un Neme electrificado y dio varios pasos atrás. Lo miraba como quien contempla a Satanás sonriendo el día del juicio final.

— ¿Por qué no has dicho nada? — preguntó espantada.

— Porque nadie me ha preguntado.

Una semana después, una vez enterrado el enorme cuerpo de la Paca, Fabiola echó a Neme de la casa. «De la misma manera que Nuestro Señor expulsó a Adán y Eva del paraíso. Dios sabe que he intentado arroparlo en brazos de la Santa Madre Iglesia, pero ha sido misión imposible, es la encarnación de Lucifer en la tierra».

## De cuando Neme trabajó en el Live Los Monteros House y conoció el sexo



Virgilio se llevó a Neme a vivir con él en la casa de la huerta, acondicionada desde que huyó de la «estupidez de mi esposa» cuando daba albergue al primo Richard. La convirtió en su retiro de una humanidad de la que sentía un desprecio

universal. El muchacho continuó asistiendo al instituto en Aracena, pero no ponía un pie en el pueblo porque la sabiduría popular no albergaba ni la más mínima duda sobre su malignidad. «Yo tengo un *pesqui* que no se me va una, me di cuenta desde pequeñito, y no suelo equivocarme». Varias personas aseguraron que olían a azufre cuando se cruzaban con él.

—Es un hecho más que probado que por donde pasa se hace presente el mal —comentaba Encarni mientras teñía los cabellos de sus clientas en el salón de peluquería Enkarny.

Fabiola se quedó a vivir sola en casa de su madre, se hizo cargo del supermercado y de la deuda generada por la estafa sufrida. Atormentada por su fracaso con Neme, penaría en una eterna expiación para pedir perdón a Dios Todopoderoso.

El nuevo milenio amaneció, 2001 se hizo realidad con la decepción de quienes habían soñado con él durante una vida: los coches no volaban, tal como habían imaginado desde niños. Neme había aprobado la selectividad, fue capaz de estudiar a la vez que ayudaba al abuelo Virgilio en los trabajos de la huerta. Desde que dejó de ir al instituto, no salía de los límites de la finca. Don Manuel, gran lector, le prestaba las novelas que él acababa de comprar y de leer. Neme no sentía placer al leerlas, pero consideraba que así dedicaba su tiempo libre a algo provechoso, enseñanza que le inculcó Fabiola, ahora arrepentida y mortificada por haber instruido

a Satanás en la tierra. Don Manuel estaba empeñado en que Neme estudiara una carrera, el joven estaba de acuerdo:

—Pero a distancia.

En el mes de febrero, Arcadio sufrió un ictus que le ocasionó una hemiplejía en el lado izquierdo de su cuerpo.



Cuando volvió del hospital, Carmelita y Magdalena se dieron cuenta de que solo se perfilaba el lado derecho de la cara, dejando el izquierdo sin arreglar. Alertadas por el curioso hecho, decidieron observar más detenidamente los actos de su padre y esposo. Pudieron comprobar que al

ducharse no enjabonaba ni secaba su lado izquierdo, ni peinaba la mitad izquierda de su cabeza, ni ponía desodorante en esa axila, y solo cepillaba los dientes de su lado derecho. Comía la mitad derecha del plato y se limpiaba ese lado de la boca. En la cama, se tapaba con la manta solo el lado derecho. En la cocina, leía la mitad de la receta y cocinaba con los ingredientes que en la mesa se encontraban en el lado derecho, omitiendo los que se encontraban en el izquierdo. No encontraba alimentos almacenados en un lado de los pasillos del almacén, y en la caja registradora solo utilizaba las teclas de su lado derecho. Don Luis, Fabiola y don José Sebastián sentenciaron que, sin duda, era consecuencia del intenso terror que a Arcadio le habían producido toda su vida los partidos de izquierda. Don Manuel les explicó que se trataba de una heminegligencia izquierda provocada por el ictus sufrido, pero ellos siguieron convencidos de la indiscutible solidez de su teoría. En lo que sí estaba todos de acuerdo era en que no podía seguir regentando el hostel restaurante Los Monteros.

Carmelita, ante la posibilidad de verse obligada a salir de detrás de la barra, sufrió un ataque de pánico. Se agarró fuertemente al tirador de cerveza y gritó histérica:

—¡De aquí no me saca nadie!

Magdalena comprendió que tendría que ser ella la que tomara el timón del negocio familiar. No le sería difícil, pues había crecido entre peroles y botas de vino. Desde los dieciocho, había conocido también la suavidad de las

sábanas de todo huésped bien parecido. Continuando con su afición, una noche de primavera se metió en la cama de Dionisio, un representante de lanas, cintas, cordones, hilos y botones que había acabado la jornada firmando un pedido de la mercería Pury. Dionisio le descubrió prácticas sexuales



que Magdalena desconocía. Los gritos de placer alcanzaron hasta el Ecce Homo, en la parte alta del pueblo.

—¡Ya está la Magdalena dándole al lerele!

El escándalo duró hasta el amanecer. Por la mañana, Rosa, la del Pichulo y María, la del Lechuga, juraron que

cuando se acercaron para limpiar la hornacina del Ecce Homo, la imagen aún se tapaba los oídos con sus manos de madera policromada.

Dionisio se quedó a vivir con Magdalena, pues eran tal para cual. Dejó la representación de artículos de mercería para colaborar en las tareas del restaurante. Junto a él, el deporte favorito de Magdalena se había enriquecido con cambios de pareja, tríos, orgías y contactos homosexuales. La mujer disfrutaba de sus días y de sus noches, se sentía realizada, plenamente feliz.

Don Manuel consideraba insano que Neme no se relacionara con nadie, aunque sabía que al joven no le importaba la soledad, que incluso la prefería al contacto con otros seres humanos. Convenció a Virgilio para que le pidiera a Magdalena que le diera trabajo al joven, pues un restaurante era lugar ideal para que aprendiera a relacionarse.

—Mañana mismo comienza a trabajar, y además no tendrá que ir y venir de la huerta, le prepararemos una habitación para que viva en ella —contestó Magdalena.

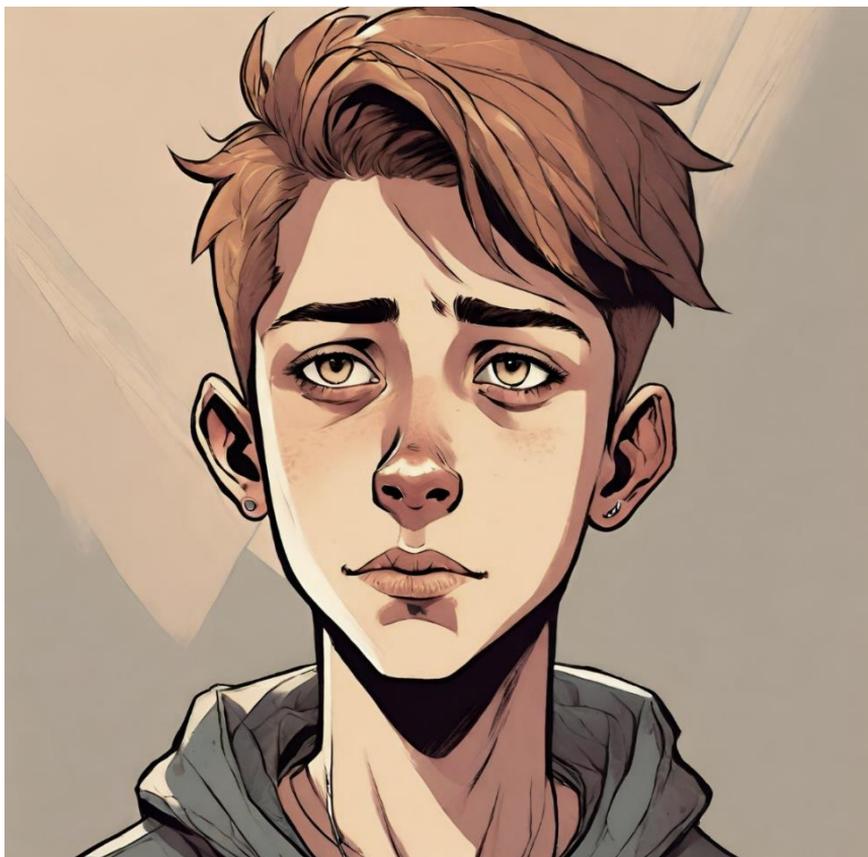
Virgilio y don Manuel eran las únicas personas en el pueblo a quienes la mujer tenía consideración, respeto y admiración. Conceder lo que le pedían significaba un honor. Del resto de paisanos, «me suda el coño».

Neme comenzó a trabajar en noviembre, justo cuando cumplía dieciocho años. Pronto aprendió a servir las mesas y a dejar el salón comedor y los servicios pulquérrimos. Su día

a día era trabajar y estudiar, pues se había matriculado en la U.N.E.D., en la licenciatura de psicología. Don Manuel le preguntaba:

—¿Te gusta la psicología?

—No.



—Entonces, ¿por qué quieres estudiarla?

—Quiero saber qué es lo que me pasa.

Desde que Neme entró a trabajar en el restaurante, el negocio fue perdiendo clientela del pueblo. Unos estaban convencidos de que atraía las desgracias, otros que estaba

involucrado en la autoría de esas desgracias. El temor a que las malas energías de Neme se les pegaran a la ropa los alejaba del local. La fama del muchacho peligroso había alcanzado oídos de representantes y viajeros, quienes dejaron de pernoctar en sus antiguas habitaciones sin baño. Meses después, excepto Virgilio y don Manuel, ningún habitante de Haftarad ponía un pie en sus centenarias lozas. Magdalena y Dionisio comprendieron que era el momento de dar un giro al negocio, un aire más moderno, más acorde con sus personalidades. Para ello fue preciso realizar una obra.

—Quiero mantener el aroma antiguo y genuino del hostel a la vez que le doy un estilo nuevo y actual. Creo que puede funcionar esa fusión —decía Magdalena.

El Live Los Monteros House quedó precioso. Se conservó lo antiguo y hermoso combinado con materiales modernos, nuevas tecnologías, muebles cómodos y luces de neón. La oferta de una exquisita y succulenta cocina serrana, copas a la luz de las velas con música relajante más habitaciones insonorizadas con yacusi, caló pronto en forasteros que acudían los fines de semana en busca de naturaleza, gastronomía, alcohol de calidad y sexo libre. Fue preciso contratar a un barman para que le enseñara a Carmelita, detrás de la barra, a preparar cocteles. Ofrecía, además, el aliciente de que los propios dueños se incorporaban gustosos y entusiastas a cambios de pareja, a

tríos o a orgías, y ese encanto le imprimía al lugar un ambiente más cercano y familiar.

A Magdalena tampoco le parecía sano que Neme no se relacionara, sexualmente, con nadie. Habló respetuosamente con él, sin coaccionarlo, pues para ella la



libertad era el don máspreciado que pudiera gozar el ser humano. Le ofreció sus favores, o los de Dionisio, si es que le apetecía más un hombre. Neme aceptó. No porque le atrajera aquel mundo ni porque sintiera deseos, sino porque consideraba que el sexo era una experiencia imprescindible

que debiera conocer un psicólogo. Comenzó con la pareja, quienes le enseñaron el arte de amar. Conoció a mujeres, a hombres, a grupos. Saboreó las mieles del sexo, solo que esas mieles no le sabían a nada, y aunque alcanzaba el orgasmo, aquello era más un trabajo que un placer.

—Magdalena, te agradezco el interés, pero esto del sexo no me interesa en absoluto.

**Donde el curioso lector dará por conocida la infancia y juventud de Neme y se preparará para una sabrosa lectura en la que sabrá de espantosas acusaciones sufridas en la muy bella ciudad de Sevilla**



Los años pasaron tranquilos. El estrecho universo de Neme era trabajar, ahorrar, estudiar, leer novelas y jugar al ajedrez con don Manuel y su abuelo Virgilio. Se licenció en psicología en junio de 2006 con media de sobresaliente. Necesitaba seguir trabajando varios años para ahorrar dinero, pues su proyecto era ubicar su consulta en Sevilla, en una gran ciudad, donde no tuviera que relacionarse con gente, donde no tuviera que soportar que se metieran en su vida. La historia se precipitó. En marzo de 2008, Pros apuñaló en el corazón a un conductor, vecino de Haftarad, que le recriminó que no le hubiera cedido el paso en el cruce de la plaza. Fue detenido, encarcelado, juzgado y sentenciado por homicidio a veinte años de cárcel. Debido al incidente, se convocó frente al Live Los Monteros House una agresiva manifestación para exigir que Neme abandonara el pueblo. «Dado el mal influjo que ejerce su persona sobre los habitantes, su salida se ha convertido en algo indiscutible e insalvable. Cuestión de vida o muerte, o tal vez, instinto de supervivencia».

Aunque todavía le quedaba mucho por ahorrar, Neme abandonó el pueblo el día de su vigésimo quinto cumpleaños. Metió en el maletero del coche de don Manuel su pequeña maleta en la que llevaba ropa interior, dos pantalones de color beige, dos camisas blancas y dos rebecas azules. El coche se perdió por la nacional. El doctor había comprado hacía años un piso en Sevilla, en San Juan de la Palma, y lo había decorado con exquisito gusto combinando piezas de anticuario con la más fina loza en baños, cocina, y

salón, donde los adornos de frutas naturales conseguían un ambiente relajado y bucólico. Lo habitaba cuando acudía a la ciudad necesitado de libertad y cultura. Los lustros habían encanecido sus cabellos y enlentecido sus articulaciones, las bocanadas de aire fresco las aspiraba de una manera muy



distinta a la alocada de los años ochenta, en los que milagrosamente sorteó la negra sombra del S.I.D.A. El piso permanecía vacío entre semana. Don Manuel permitió que Neme se alojara en él hasta que la economía le permitiera alquilar otro.

Neme compró un ordenador, contrató publicidad de su consulta de psicología *online* en Google y comenzó a cursar un máster, también *online*, en trastornos de la personalidad. Acudía a desayunar al bar Santa Marta atraído por el buen trato, el delicioso café y las generosas tapas de tortilla. Solía sentarse en una mesa alta circular al fondo a la derecha, cobijado por el rincón. Desde allí observaba cómo diariamente, justo a las diez y media de la mañana, entraba en el establecimiento una chica que no aparentaba más de veinte años. En cuanto aparecía por las puertas revolucionaba el murmullo y el tintineo de tazas con un parloteo incesante. Las camareras del bar reían con ella a carcajadas contagiadas por simpatía al resto de clientes. Cuando abandonaba el establecimiento después de desayunar, quedaba el local adormecido en un silencio huérfano y desierto. Desde el primer día que la vio, Neme quedó hipnotizado por la muchacha. Le recordaba a Longe y a su torbellino ir y venir, subir y bajar, reír y reír. Quedaba tan absorto que una mañana la muchacha cayó en la cuenta de que aquel «chaval de enorme cabeza» no le quitaba ojo de encima. Comentó a las camareras en voz suficientemente alta para que se oyera en el rincón:

—Anda, mira, habéis disecado un búho.

Si Neme hubiera tenido la capacidad de avergonzarse, se hubiera enrojecido. Cuando las risas descendieron en decibelios, Neme dijo mirando hacia la chica:

—Lo siento, te pido disculpas.

La muchacha, enternecida por las sinceras disculpas, tomó el café y la tapa de tortilla con su poquito de mayonesa en una esquina del plato y se sentó, sin pedir permiso, en la mesa donde se encontraba Neme.

—No, cariño, no hace falta que te disculpes, ha sido



solo una broma. Es que yo soy muy burra y suelto las cosas así, sin pensar. En el fondo estoy encantada de tener un admirador porque no me echan un piropo desde que tenía cuatro años, cuando mi abuela me dijo: «¡Qué bonita eres!». Ahora, eso sí, tienes que saber que estoy recién casada. Mi

marido es policía y muy chapado a la antigua, así que no puedes hacerte ilusiones, pero estoy encantada de gustarte.

—No me gustas de esa manera que tú piensas.

—¡Anda, coño!, con la ilusión que me había hecho. Entonces, ¿por qué me miras de ese modo?

—Porque me recuerdas a mi hermana.

—¿A tu hermana?, ¡qué decepción, hijo! Y a esa hermana, ¿la quieres o la odias?

—La quiero muchísimo.

—¡Vaya!, un alivio. ¿Por qué te la recuerdo?, ¿está tan loca como yo?

—Las dos sois la alegría hecha persona. Un hombre que no la conoce, se imagina cómo es cuando os ve.

A la mujer se le descolgó el alma. La tontura se le derramaba en la expresión como gotas de aguamiel descendiendo cuerpo abajo.

—¡Qué bonito! ¡Mira que me he puesto colorada! ¿Por qué estás triste?

—No estoy triste.

—Pero dices que no conoces la alegría.

—Ni la tristeza.

—Ahora sí que no te entiendo. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Longe.

—¡Qué nombre tan raro! ¿Dónde está?

—Muerta.

La muchacha quedó callada, cortada, impactada, no sabía qué decir, tan solo se le ocurrió:

—Encantada de conocerte, me llamo Bárbara.

—Yo, Neme.

Bárbara se dio media vuelta y salió del bar Santa



Marta. A las diez y media de la mañana del día siguiente, volvió. Buscó a Neme con la mirada, lo encontró sentado en la misma mesa. El café y la tortilla con su poquito de mayonesa en un lado del plato volvieron a viajar hasta la mesa.

—Disculpa que me fuera ayer así de una manera tan brusca, es que me quedé un poco cortada cuando me dijiste que tu hermana había muerto. Tú dirás que a mí qué me importa y que soy un poco cotilla, pero no he podido dormir apenas. Ni siquiera la conozco, pero es que yo soy así, muy emocional. ¿Te quieres creer que tu hermana me cae bien y que me da pena? Ilógico, lo sé, no tengo por dónde cogerme. ¿Qué edad tenía cuando murió?

—Ocho años.

—¡Ay, pobrecita mía! ¿Qué le pasó al angelito? No contestes si no quieres, me estoy poniendo muy pesada. Te estoy importunando.

—No me molestas. Longe se cayó de una encina, se golpeó en la cabeza con una piedra.

—¡Ay, por Dios! —Bárbara se tapó la cara con las manos. Neme prosiguió:

—Yo vi cómo perdió pie y cayó.

—¡Ay, no, no, no, no, no, no, no! —Bárbara tardó varios minutos en liberar sus ojos. Cuando pudo apartar las manos, Neme observó que corrían por su rostro lágrimas sinceras.

—Lo siento, tú me has preguntado.

—Soy yo la que te pido disculpas, no tengo enmienda, mi marido dice que Dios me va a castigar porque la curiosidad es un pecado.

Bárbara y Neme desayunaron juntos en el bar Santa Marta todos los días de esa semana. A las diez y media en punto y, si estaba libre, en la misma mesa. La mujer había

encontrado el amigo perfecto, hablaba y hablaba mientras el hombre escuchaba y escuchaba.

—Tengo diecinueve años. Hace solo tres meses que me casé, lo he hecho más por darle gusto a mi madre que por que se me apeteciera. Mi marido se llama Perfecto, el nombre



parece que se lo escogieron los padres a los veinte años, porque le viene como anillo al guante. Es inspector de policía. No quiere que trabaje, así que tuve que despedirme del laboratorio de fotografía donde estaba empleada. Soy ama de casa, pero no tengo niños, y de la casa se ocupa una interna,

así que tengo todo el día para aburrirme, y yo no valgo para aburrirme, me entra así una angustia para arriba que explota. Me he apuntado en un gimnasio a clases de boxeo, porque si no le pego al saco, me entra un sarpullido por el cuerpo. Prefiero pegarle al saco que a mi hermana o al gordo de mi cuñado. Han tenido ahora una niña, la verdad es que es un poquito fea, se parece al padre, aunque no es que mi hermana sea Miss Mundo precisamente, no nos parecemos en nada. Me gusta cogerla en brazos y oler a niño chico; a la niña, no a mi hermana. Mi marido quiere que tengamos cuatro hijos como poco, y yo no sé si quiero tantos. Pero dime, ¿a qué te dedicas tú?

—Soy psicólogo *online*.

—¡Qué interesante!, venga, diagnósticame. Te lo digo yo: ¡chocholocura general crónica atosigante nerviosa! Eso es lo que tengo. ¿Te gusta tu profesión?

—No.

—¿Entonces?

—Creo que es la mejor manera que tengo de servir a los demás.

—¡Oh!, ¡qué bonito!, pero, ¿qué es lo que te gustaría hacer?

—Me gustaría resucitar a Longe, resucitar personas.

—Ahora sí que me ha entrado el cague, Frankenstein.

—Es imposible.

—Todo lo que te detiene está solo en tu mente. Eso me lo dijo un psicólogo al que me llevó mi marido cuando aún

éramos novios porque decía que lo mío no era normal. Lo que él tiene entre las piernas sí que no es normal, pero de chico y porquería. El tío me enseñaba una foto de un caballo al que habían amarrado a una silla de plástico, y allí permanecía el pobrecito mío; el caballo, no el psicólogo,



porque pensaba que no se podía mover. En ese tiempo andaba yo triste por la muerte de mi padre, entonces me dijo el loquero que no estaba muerto porque yo lo recordaba: «Solo mueres si te olvidan». Así que nos vamos a mover arrastrando la silla de plástico. Punto primero, Longe no está

muerta porque vive en tu recuerdo. Punto segundo, sé, porque me lo cuenta mi marido, que hay personas que mueren indocumentadas, no se puede saber quiénes son o si tienen familiares. Son enterradas en el anonimato, olvidadas en un nicho sin nombre y depositados sus restos en un osario cuando pasan siete años. Esos sí que mueren de verdad. Se me ocurre que, si somos capaces de investigar y encontrar la identidad de esas personas, rescatar su historia y hallar familiares, sería como resucitar gente. Podríamos crear una revista digital en la que colgáramos nuestras investigaciones. Sería muy interesante.

—¿Cómo vamos a saber si aparecen personas muertas indocumentadas?, ¿cómo vamos a acceder a esa información?

—Eso déjalo de mi cuenta, no hay puerta que se me cierre ni torre a la que no le pegue un trompetazo. ¡Qué ilusión! Ahora mismo corro a Pichardo a comprarme un disfraz de Sherlock Holmes, como cuando era pequeña.

—Sí, me parece bien —contestó Neme. El joven se levantó, pagó el desayuno y se fue sin despedirse de Bárbara, quien quedó asombrada. Hasta ese día, ella había salido antes del bar porque daba clases de boxeo a las once. Aquella mañana, con el entusiasmo de la conversación, se le había pasado la hora. Era la primera vez que Neme salía antes.

—¡Será maleducado! Mañana le tiro de las orejas. A este le enseño yo modales, aunque se los tenga que escribir en un manual.

# FIN

Este cuento es un extracto de la novela *Trece brasas sobre un arlequín de hielo*, de Manuel Bobis Reinoso

